LAS/12

MIRADA DE MUJERES EN PAGINA/12
20 DE NOVIEMBRE DE 1998
AÑO 1 • NUMERO 32

VIOLACIONES

Una de cada cuatro mujeres padece o ha padecido una agresión sexual.

A duras penas, literalmente, las mujeres que fueron violadas reconstituyen su dignidad. Pese a que son conscientes de que no consintieron la agresión, en sus relatos quedan resabios de culpa, la culpa que rocía sobre ellas la sociedad del "algo habrá hecho". La resistencia a la violación se funde con el instinto de supervivencia, pero mujeres que acceden a masturbar al violador, fingen un orgasmo para salvar sus vidas o conversan con él para convencerlo de que se ponga un preservativo deben demostrar, después, que fueron violadas en contra de su voluntad.

NO *es* NO

POR MARTA DILLON

Alejandra duerme en el comedor. Vive sola en un departamento de dos ambientes en el que las luces se apagan sólo de día. En su dormitorio no está tranquila, queda demasiado lejos de la puerta. Por allí ella fantasea con escapar cuando cualquier ruido le trae otra vez a la memoria las dos veces que fue violada. Alejandra no puede controlar el miedo: "Lo peor es la vergüenza, sentirme ridícula de tan indefensa. Cruzarme en la calle, a solas, con cualquier persona es una situación tensa. Porque no hay un perfil del violador, lo sé porque la primera vez fui yo quien le abrió la puerta del edificio a ese hombre con aspecto de oficinista que detuvo el ascensor entre dos pisos y me puso un cuchillo en el cuello, me obligó a tocarlo, a desvestirme... Y yo me di cuenta de que el miedo me paraliza, todavía tengo la sensación seca en la garganta que no me permitió ni siquiera emitir un sonido".

Marina se cortó el pelo. Mutiló la negra melena que la distinguía acariciándole la cintura, tal vez para separarse un poco de quien fue sometida por dos hombres en una esquina del barrio de Once. Ella elige desdoblarse porque aprendió una culpa que no tiene: "Si no hubiera estado por ahí a esa hora, si me hubiera tomado un taxi, si no hubiese tenido puesta esa ropa, a lo mejor eso no me habría pasado". Marina no pudo contar a su pareja "lo que le pasó". "El también es hombre, no confío en su reacción." ¿Cómo confiar en ellos? Su experiencia no la ayuda. El padre fue el primero que tomó su cuerpo como un objeto de uso. Entre los siete y los nueve años él se metió en su cama y la besó en la boca como un amante. "Yo no sabía si estaba bien o estaba mal lo que hacía, pensaba que así era el amor que demuestran los padres a los hijos. Además él me agarraba dormida, siempre estábamos muy cansadas. Me daba cuenta a la mañana que me había agarrado, porque estaba sucia o sin ropa". Sus dos hermanas también fueron violadas en circunstancias parecidas. Cada una pensaba que era la única que lo padecía y cada una también había interiorizado la consigna de ser las culpables de la posible ruptura de un hogar que creían sagrado. Fue la mamá la que hizo la denuncia y Marina supo de una segunda violación: "Nadie quiere saber lo que te pasa a vos, quieren saber detalles para después contar. Si te hizo esto o aquello, te preguntan quién te dijo que dijeras lo que decías. Y encima me obligaron a abrir las piernas en un lugar de Tribunales para que me revisen. Yo no quería, pensaba que me iba a hacer lo mismo que mi papá pero me amenazaron con meterme presa a mí también".

Susana no entendió lo que le pasó. Diez años de matrimonio sin una sola pelea importante y de pronto vio a su marido convertirse en un extraño. "Me pasa por épocas que pierdo la libido. No sé si son los problemas económicos, los chicos o que simplemente es natural no tener ganas a veces. Pero él se hartó de mis negativas, nos metimos en una zona jodida en la que Carlos me ponía entre la espada y la pared, su deseo era urgente y mi deber era cumplirlo, para eso nos habíamos casado y si yo lo quería se lo tenía que demostrar. Hasta que un día lo hizo por la fuerza. Lo vi encima de mí y me sentí un agujero donde él depositaba su frustración". Susana se sintió "una cosa". A eso reduce el violador a su presa, un objeto a utilizar. Susana y Carlos se aman, pero esa vez los estereotipos se metieron en su relación y ella todavía intenta digerir las razones que su marido puso sobre la cama para tomarla por la fuerza: "Si un niño se resiste a ir a la escuela vos lo llevás igual. ¿No? Bueno, esto es parecido".

Las tres historias lastiman los oídos. Cuando las mujeres –por lo menos las que no trabajan constantemente en estos temas– escuchan relatos de violaciones suelen tomarse el cuerpo estremecido como si así marcaran un límite, pusieran un freno a la agresión vivida por otra mujer. Es la gráfica expresión de lo que no se desea que pase nunca. Sin embargo una de cada cuatro mujeres ha sufrido por lo menos una agresión sexual a lo largo de su vida, según estadísticas que se manejan mundialmente. Basta mirar en derredor, escarbar un poco en las zonas de silencio, para que salga a la luz esa anécdota que algunas creen olvidada y otras intentan sepultar fuera de la memoria. "Por eso es fundamental hacer visible este tema. Pero no sólo como un problema personal: existe determinada ideología, una cultura particular y relaciones de poder injustas entre varones y mujeres que hacen que las violaciones sean una cosa relativamente rutinaria y cotidiana", opina Silvia Chejter, socióloga e integrante del Centro de Encuentro Cultura y Mujer (Cecym). Y las cifras –las limitadas cifras que cuentan sólo los casos que llegan a la denuncia– le dan la razón. En Capital Federal una mujer es violada cada tres días. En la provincia de Buenos Aires se cuentan seis casos de violencia sexual cada 24 horas. Para tener una idea del cuerpo del iceberg del que las denuncias son sólo la punta habría que multiplicar las cifras oficiales por cuatro. "Uno de los ejes fundamentales a trabajar en este momento es la responsabilidad de la sociedad frente a las violaciones: la dificultad para reconocerlas y la facilidad con que se desresponsabiliza a los actores que las producen." En el extremo de este facilismo estarían las declaraciones del enfermero que violó a una paciente de terapia intensiva: "Aunque ya nadie puede creerlo él construye su defensa diciendo que fue una relación de amor, consentida como cualquier otra", comenta Beatriz Ruffa, también integrante del Cecym.

LA RESISTENCIA

"De acuerdo a los valores y códigos sociales dominantes lo más visible –o lo único visible en muchos casos– es la pasividad de las mujeres: la misma matriz ideológica que naturaliza la violencia masculina hace lo mismo con la pasividad de las mujeres y vuelve invisible su resistencia activa", dice Ruffa. Desde el punto de vista jurídico esta misma resistencia pone en duda la existencia de la violación. Todavía circula en esos ámbitos el viejo prejuicio de que "si uno no

En Capital Federal una mujer es violada cada tres días. En la provincia de Buenos Aires se cuentan seis casos de violencia sexual cada 24 horas. Para tener una idea del cuerpo del iceberg del que las denuncias son sólo la punta habría que multiplicar las cifras oficiales por cuatro.


SUPERSTOCK

quiere dos no pueden". Sin embargo quienes han empleado alguna estrategia de resistencia no confunden su propia experiencia aunque sí se ven inhibidas de hacer una denuncia.

Silvia se ofrece como ejemplo. Todavía le cuesta poner palabras a ese par de horas que intoxicaron su confianza para siempre. Era verano, el atardecer teñía de romanticismo la Reserva Ecológica de la Costanera Sur y ella fumaba mirando el río cuando se le acercó un hombre. "Charlamos un rato de cualquier cosa y cuando decidí irme el tipo sacó un cuchillo y me dijo que no gritara. Enseguida trató de desvestirme, pero llegó gente y me obligó a acompañarlo hasta que se sintió seguro entre unos matorrales. Todo el tiempo pensaba si tenía posibilidades de escapar, cuánto podría correr hasta que el tipo me alcanzara. Pero lo que más me pesaba era el error, que él se volviera loco y me terminara matando". Silvia optó por la charla, habló sin parar mientras pudo, le dijo que estaba todo bien, que no hacía falta ese cuchillo que le lastimaba la espalda para que ella lo siguiera. "Nunca quitó el arma de mi cuerpo pero conseguí que se pusiera un preservativo y que acabara rápido. Incluso fingí un orgasmo para que él me tuviera confianza y me dejara ir". El hombre la dejó ir. Silvia ni pensó en hacer la denuncia: "¿Quién me iba a creer que me violó si llegó a ponerse un forro?", dice con una lógica aprendida de tantos casos públicos en los que el violador sale absuelto.

"Se dice que el 75 por ciento de los casos de violación son cometidos por personas relativamente conocidas porque se establece algún contacto previo. Las mujeres se desestructuran cuando advierten la primera amenaza y desde ese instante empieza a funcionar cierta culpa por haber llegado hasta allí. Y llega la conciencia del miedo. Un miedo con mayúsculas que tiene como telón de fondo la muerte". Inés Hercovich, autora de *El enigma sexual de la violación*, cree que es entonces cuando se activa la resistencia. "Es una negociación para salvar la vida, para quedar enteras. Abrirse de piernas y que el tipo acabe rápido es un precio bajo si se tiene en cuenta lo que se quiso proteger. También tiene que ver con una necesidad de sentir respeto por sí mismas, porque casi nunca acceden a todo lo que se les pide."

En el zaguán de su casa Analía también encontró su manera de resistir. Quien la atacó no esperaba que ella lo mirara a los ojos. No esperaba encontrar a una persona en el cuerpo que decidió asaltar. El quería jugar su juego, excitarse con el miedo de su víctima. Pero no pudo adivinar el pánico en esa mirada firme y esa voz que le preguntaba por qué no buscaba a alguien con quien pudiera tener una relación más placentera. En ese caserón de los suburbios de Mendoza en donde no quiso seguir viviendo Analía se encontró masturbando a su violador para evitar que la lastimara. "Se ve que mi reacción no pudo excitarlo y me di cuenta de que si no hacía algo pronto iba a intentar quebrarme para conseguir una erección. El eyaculó y se fue y recién entonces sentí el miedo corriendo por mi sangre." En esta negociación hay un doble registro. El primero se ve a simple vista: en él la mujer aguanta o se somete. En el otro, subterráneo, invisible, ella evalúa y acumula fuerzas para poner fin a la situación. Claro que después se pueden recibir de la justicia argumentos tales como el que se exhibió en 1983 en una sentencia absolutoria por un caso de violación: "El juez siempre quedará dudando si esa mujer, que al oponerse con la voz se prestaba con el cuerpo, quería o no quería el acto obsceno". reza un párrafo de la sentencia.

CUANDO UNA MUJER DICE NO

Susana pudo recuperar su pareja después de ese episodio que ella no duda en calificar como violación. A partir de ese hecho muchas cosas se replantearon dentro de su matrimonio. "Muchas veces me sucedió decir no tres veces y a la cuarta acceder. Y también sentí que mis sí tampoco eran del todo seguros aunque por supuesto el límite fue el uso de la fuerza porque soy una persona adulta, no un niño que tiene que ser llevado por la senda del bien". Para Hercovich el sí y el no son las dos caras de una misma moneda. "No todo el tiempo estamos seguros de lo mismo, máxime cuando se da dentro de una pareja, aun de una re-

RESULTADO DEL CONCURSO

LA HISTORIA QUE NUNCA CONTÉ

Hace unos meses, con el auspicio de *Las/12* y el apoyo de la fundación alemana Heinrich Böll, el Centro de Encuentros Cultura y Mujer (Cecym) puso en marcha el concurso "Violaciones: la historia que nunca conté". En él, se convocó a videastas a que, individualmente o en grupo trabajaran la temática de la violación, en el género que eligieran: testimonial, ficción, documental u otros. El jurado, integrado por Silvia Chejter, del Cecym, Carmen Guarini, cineasta de Cine Ojo, y Sandra Russo, editora de *Las/12*, otorgó los siguientes premios:

Primer premio: al video *Fragmentos para dominar el silencio*, realizado por Irene Kuten y María Valobra.

Segundo premio: al video *El grito*, realizado por Jorge López (director) y Alvaro Vázquez (editor).

Los videos premiados serán exhibidos el 23 de noviembre a las 17 horas, en el marco de la Jornada de Reflexión sobre Violencia Sexual, Doméstica y Laboral, organizada por el Instituto Social y Político de la Mujer, en el Centro Cultural Recoleta (ver recuadro página 4).

La fecha de entrega de premios será comunicada próximamente.

NO es NO

lación incipiente. El problema con esa consigna *–cuando una mujer dice no es no–* es que te cae el peso del ideal en la cabeza. De todos modos la pareja es una negociación constante y no es sexo el único objeto de transacción. La cama no es distinta del resto de la vida, en la que dudamos y a veces buscamos soluciones intermedias como un ni o un so."

Silvia Chejter cree que esa consigna es un principio que ahora, con la última campaña para la No Violencia contra la Mujer que emprendió la Legislatura de Buenos Aires, se completa con una frase más: *Hay varones que no lo pueden escuchar.* "La violencia hacia las mujeres hay que inscribirla en un contexto de dominación, es un problema político que se pone de manifiesto claramente cuando observamos que más del cincuenta por ciento de los violadores son hombres acostumbrados al uso de armas, policías o guardias de seguridad".

Esta especie de pulseada interior entre lo que una mujer quiere o no quiere es más conflictiva en el caso de las adolescentes que se asoman a sus primeras relaciones sexuales: "Muchas chicas acceden sin saber si obedecen a su deseo sexual o a la simple necesidad de tener un novio", afirma Hercovich. De hecho la investigación realizada en Gran Bretaña que dio como resultado el libro *Male in the head –El macho en la cabeza–* ofreció conclusiones por lo menos alarmantes. La mayoría de las jóvenes se iniciaban en su vida sexual respondiendo a los requerimientos de los varones. Cuando Chejter enseñó a su hija adolescente la carta de una chica de 15 años que decía que lo mejor de las relaciones sexuales era cuando terminaban, porque entonces empezaba el momento de la ternura, ella respondió con una sonrisa cómplice. "Esperaba que no le pasara lo mismo, pero evidentemente todavía falta mucho para cambiar las relaciones entre hombres y mujeres."

SILENCIOS

La gran mayoría de las mujeres violadas opta por el silencio o por un relato recortado. "Es notable la imposibilidad que tiene el entorno para escuchar que alguien que quieren ha padecido una violación", dice Chejter con el aval de años de investigación en los que ha escuchado la voz de decenas de mujeres ultrajadas. Esta negación se acentúa cuando el relato incluye esos gestos de resistencia que se asocian con cierta complacencia. Aunque sin duda lo más difícil de escuchar son los relatos que involucran a niños. Andrea, que pudo contar a su mamá con diez años de distancia que fue violada por un amigo de su padre, recibió una respuesta que resulta casi tan dolorosa como la vejación: "Si tu padre se entera lo mata, mejor no se lo digamos".

Cuando Marina tuvo que declarar en contra de su padre que había abusado de ella durante dos años, recibió sólo incredulidad del otro lado, aun cuando después el hombre haya cumplido cinco de los ocho años a que lo condenaron.

El silencio es más espeso en los casos que involucran a menores porque "hay sentimientos de disgusto y malestar, por consentir algo no deseado, al mismo tiempo aparece la culpa de no haber podido poner límites y de haber colaborado. Aunque hoy ¿saben? que los límites los debería haber puesto el abusador, igual se culpabilizan. Y eso contribuye a la dificultad de hablar", asegura Chejter. "Particularmente en las niñas menores es la intervención de terceros la que facilita, al terminar con el secreto, la conciencia del mal y que el malestar, la vergüenza, se conviertan en indignación y bronca", concluye.

Lo cierto es que todos los días las niñas y los niños –los más indefensos en el esquema del poder– son sometidos a abusos que no siempre son extremos como una violación, pero que igual se fijan como hechos de violencia que no se alcanzan a comprender. Hercovich recuerda que en los talleres que daba en Lugar de Mujer, casi todas las asistentes recordaban alguna situación de abuso a la que en muchos casos habían podido resistir. "Sin embargo ése no es un aprendizaje del que nos adueñemos, queda olvidado, separado del conocimiento que se tiene de cada uno." La causa, para esta socióloga, es "que tendemos a minimizar nuestra autonomía porque no se ajusta al perfil de mujer deseable que impone esta sociedad. Pero es notorio como todas sacábamos a la luz estas experiencias que nadie nos había enseñado a tener".

Chejter y Ruffa admiten que queda un largo camino por recorrer antes de desarmar esos estereotipos que todavía se construyen en torno a las relaciones entre hombres y mujeres que pueden llevar a un padre, por ejemplo, a justificar la violación de su hija porque "trabaja de noche y anda en minifalda". "Una cosa es la dominación que se ejerce en una violación, el ejercicio del poder y otra la interacción que existe en una relación consensuada. Pero para descubrirlo también es necesario empezar a hablar de sexo no sólo desde la teoría reproductiva sino también desde el placer y el intercambio entre dos personas", opina Ruffa.

Sin embargo el camino es sinuoso y está tan lleno de baches que cuesta ver dónde nos conduce. Esa es la pregunta que se plantea Susan Griffin en un artículo publicado en la revista *Travesías*: "Una cultura sin violación ¿cómo sería? Es una pregunta que intimida (...). Podría decirles a ustedes que esa voz naciente que ahora mismo roza mis oídos es rica en complejidad. Pero una vez más no es en absoluto densa. Es una voz que alberga mucho más espacio del que yo podía imaginar que puede albergar una voz. No es un espacio vacilante. Sino esa clase de espacio que existe en la música. Aun en el silencio, se ve de algún modo afectada la resonancia del aire. Lo cual por supuesto adquiere su sentido porque, según empiezo a vislumbrar, esa voz es el sonido de lo No Dicho Todavía"

TAPA: D.G. ROS FOTO: VICTOR BORDO



MUESTRA DE AFICHES Y CHARLAS

Desde el último miércoles, y en vistas al Día de la No Violencia contra la Mujer –el 25 de noviembre– el Centro Cultural Recoleta es el escenario que el Instituto Social y Político para la Mujer y Naciones Unidas para la Mujer eligieron para llevar adelante otra etapa de su "Campaña de Educación Ciudadana para la Prevención de la Violencia contra la Mujer". Hasta el lunes 23 se podrá asistir a la muestra de afiches que cerca de 50 alumnos de la Carrera de Diseño Gráfico de la UBA realizaron a partir de la convocatoria que los organizadores –auspiciados por Red de Salud de Mujeres de Latinoamérica y del Caribe, Center for Women's Leadership, BID, PNUD, OMS/OPS, Unicef, el Banco Mundial y la Secretaría de Promoción Social del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires– hicieron para reflexionar sobre la violencia de género. El día inaugural fue presentado en sociedad el sitio web sobre la violencia contra la mujer en castellano, único en su tipo (quienes deseen visitarlo, deben acudir a http://www.ispm.org.ar/violencia). Por otra parte, en la Plaza del Panorámico de Unicenter (Paraná 3617, Martínez) habrá charlas-debate con motivo de la campaña: el martes 24 María José Lubertino (ISPM-Unifem), Marcela Rodríguez (del Centro de la Mujer de Vicente López) y Susana Velázquez (por ADEUM) serán las anfitrionas de "Cuando una mujer dice no, es no. ¿Qué es la violencia sexual?"; mientras que el lunes 30 Lubertino, la psicóloga Laura Mansour, Zunilda Valenciano (de UPCN) y María Elena Beltrán (ADEUM) abordarán el tema de la "Violencia en el trabajo. ¿Cuándo existe acoso sexual?" –ambos encuentros son a las 19 hs.–. Finalmente, el día 23 a las 17 se proyectará en el microcine del Centro Cultural el video "El Tribunal de Viena sobre Derechos Humanos" –en el que las protagonistas de episodios de violaciones a los derechos humanos y violencia contra la mujer relatan sus experiencias–, dando inicio a la "Jornada de reflexión sobre violencia doméstica, sexual y laboral". Las actividades continuarán a las 18.30, en el salón Auditorio, con la presentación de *Para todas un poco*, obra de teatro escrita e interpretada por Ana María Biscione y Mabel Gagino, y finalizarán con el debate participativo –19.30 hs.– en el que expertos en el tema y personalidades de los medios dialogarán sobre la necesidad de reconocer que la violencia contra la mujer es un problema de todos.



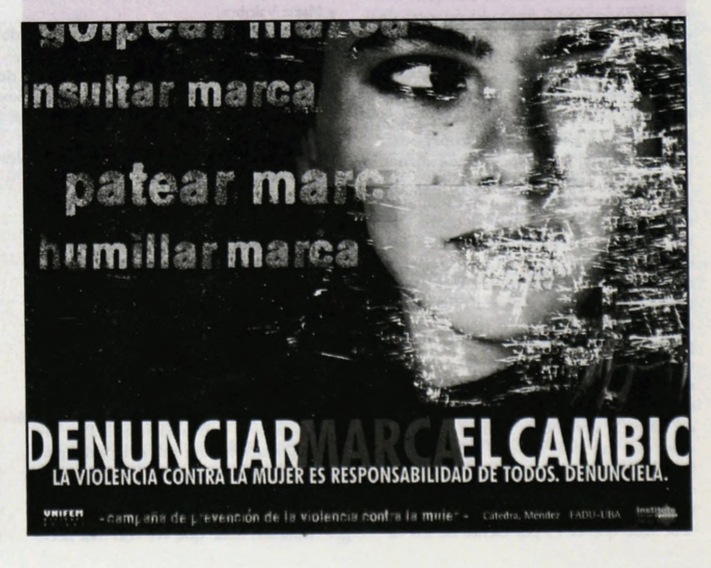




FOTO GUSTAVO ERCOLE

UNA MARGARITA EN LA JUSTICIA

POR MARIA JOSE LUBERTINO

En el escenario del Teatro Cervantes, un nutrido grupo de señores enfundados en sus clásicos trajes azules y grises escuchaba las palabras de Nazareno (no el de la cruz, sino el de la Corte), quien en su cuidado riojano se empeñaba en subrayar que ellos serán los encargados de seleccionar a los "hombres" de derecho que de ahora en más integren la Justicia. Entretanto, mientras buscaba sonrisas cómplices en la multitudinaria platea femenina, la arrabalera voz de Carlitos (no el de Anillaco, sino el del Abasto –antes del shopping–) suspiraba en mi imaginación su "¡Margarita!".

Asumieron, finalmente, los miembros del flamante Consejo de la Magistratura y sólo una es mujer. Este organismo tiene por objeto dotar de transparencia a la designación de jueces con autonomía de los gobiernos de turno.

Para dar este paso hizo falta la presión y el costo que significan que un 94 por ciento de la población desconfíe del sistema judicial y que notorios jueces terminaran entre rejas o se les iniciara juicio político. La caída fue estrepitosa si se la compara con el 70 por ciento de confianza que existía durante el primer gobierno democrático.

Quedaron atrás las idas y vueltas del Poder Ejecutivo para hegemonizar con su mayoría el mecanismo de nombramiento de magistrados. Seguramente habrá presiones, lobbies y conflictos de intereses, pero se ha configurado un organismo que se renovará periódicamente, permitiendo la irrupción de nuevos criterios.

Las dificultades en el camino hacia la constitución del Consejo y la premura para saldar esta deuda institucional aplazaron, entre otros, el debate sobre los resortes necesarios para la equiparación de mujeres y varones dentro y ante la Justicia.

No bien conocido el Núcleo de Coincidencias Básicas para la Reforma Constitucional en 1994, presenté una propuesta para la inclusión de "acciones positivas" en el Poder Judicial y en el Consejo de la Magistratura a crearse. El "pacto de caballeros" cedió ante la presencia de un 30 por ciento de mujeres convencionales e incorporó en la Constitución, al menos, una fórmula genérica que remitía al Congreso la atribución de hacerlo por ley. Al momento de debatir la ley, las pretensiones del menemismo en retirada –dispuesto a atrincherarse en todo recoveco, como lo demuestran los alarmantes últimos acontecimientos del Senado– fueron la comprensible excusa de los "hombres de ley" para postergar en todos los ámbitos la discusión sobre la justicia de género. Resultado: entre los 19 integrantes del Concejo, sólo una se llama Margarita (la Dra. Gudiño de Argüelles).

Si bien hoy egresan de la Facultad de Derecho más abogadas que abogados, el 80 por ciento de los jueces siguen siendo varones, existiendo una evidente discriminación según el fuero y el nivel jerárquico. No hay ninguna mujer entre los nueve integrantes de la vapuleada y ampliada Corte Suprema de Justicia de la Nación. En toda la historia argentina, sólo hubo una ministra del más alto tribunal durante tres años. Otra Margarita (la Dra. Argúas).

No se trata tan sólo de una reivindicación de paridad entre varones y mujeres en el Poder Judicial. Supone integrar otra perspectiva y otra lógica en la búsqueda de hacer justicia. Así como la integración de las mujeres al Congreso implicó que se incorporaran otros temas a la agenda política, más mujeres en el Poder Judicial aplicarán e interpretarán las normas legales con otra percepción de la realidad.

Fue otra Margarita (la senadora Malharro de Torres) la que abrió el camino para un 30 por ciento de mujeres en la Cámara de Diputados. Hoy algunas de esas diputadas pretenden ampliar la brecha para las mujeres en la Justicia.

Con este sentido fue que incorporamos en la Constitución de la Ciudad de Buenos Aires la obligatoriedad de la inclusión de ambos sexos en la Corte, los tribunales colegiados y el Consejo de la Magistratura locales. Por ello, cuando se efectivice el traspaso de la justicia ordinaria a esta ciudad, la flagrante exclusión femenina subsistirá en la justicia federal y en otras justicias provinciales. Esto hace imprescindible que el Congreso Nacional y las legislaturas locales sancionen medidas de acción positivas que establezcan la integración mixta de los tribunales y de los organismos de designación y remoción de magistrados.

En el terreno de la evaluación de la trayectoria, la idoneidad y la honestidad de los postulantes a impartir justicia también resulta necesaria la perspectiva de género, no sólo para incidir en forma directa en la designación de más mujeres sino para meritar los antecedentes personales y curriculares con otras dimensiones.

No sólo debe valorarse la antigüedad en el ejercicio de la profesión o la magistratura, o el conocimiento jurídico, sino también la coherencia de su vida –aun privada– y la de sus manifestaciones públicas con el sistema democrático y el respeto por los derechos humanos. No puede ser un juez un golpeador o quien escamotea el pago de los alimentos de sus propios hijos, tampoco quien ha tenido comportamientos autoritarios, quien defiende en sus libros o sentencias criterios sexistas o discriminatorios o quien hace gala de una doble moral...

Algunos "hombres de derecho" comienzan a sensibilizarse en relación a estos temas y probablemente algunos de los miembros del flamante Consejo puedan incorporar también estos parámetros. En tanto, nosotras ya sabemos que una golondrina no hace verano y que una sola Margarita tampoco hace justicia.

Esperamos que ella intente hacerla igual aunque esto le valga que algún "hombre de ley" le diga como en el tango: "¡Me revienta tu presencia, pagaría por no verte!... ya no sos mi Margarita... ¡ahora te llaman Margot!".

** Profesora de la Facultad de Derecho de la UBA y convencional constituyente de la Ciudad de Buenos Aires.*

RAMOS GENERALES

Naomi *se divierte,* Claudia *factura*



Vinieron apuradas, como vienen y van siempre a todas partes, facturando cada minuto de sus días y cada fracción de sonrisa que ofrecen a sus admiradores. Naomi dejó plantado a más de uno, llegó tarde a varias citas, se divirtió el domingo viendo jugar a Boca y pareció sincera cuando se abrazó a Valeria Mazza. Claudia aprovechó su corta estadía en Buenos Aires para hacer ganancias extra. Mientras su colega morena aplaudía en la cancha, ella posaba en el golf de Palermo para la próxima campaña de Etam, una empresa actualmente de capitales alemanes que quiere remozar su imagen proponiéndose como generadora de básicos con cierto toque. La tarde de Claudia fue más redituable que la de Naomi: la rubia cobró unos 300.000 dólares.

MUJER Y CINE

En medio del caos que acosa a los espectadores en el Festival de Cine de Mar del Plata, la sección paralela "La mujer y el cine" brilla por su cuidada organización y criterio a la hora de seleccionar los títulos. Bajo la tutela de la actriz Marta Bianchi –y con la colaboración de Pastora Campos, Susana Casais y Cristina Jaka–, esta muestra ofreció, entre otros films, *Bertolt Brecht. Amor, revolución y otras cosas peligrosas*, de la documentalista alemana Jutta Brückner, exquisita producción sobre la vida privada de uno de los autores más controvertidos del siglo, y *Visítame en mi sueño*, película polaca de Teresa Kotlarczyk que presentó Danuta Stenka, su protagonista. Una prueba de que la escasez de presupuesto no significa, necesariamente, ahogarse en la confusión organizada.

BEBE 2000



Según el *Diario de la mañana* de Pekín, las parejas que desean tener hijos están comportándose como maestros de cálculo. Es que desean ser padres exactamente el 1° de enero del 2000. La razón es que la Organización Mundial de la Salud planea otorgar diversos beneficios al primer bebé que *despegue* del vientre materno en el primer segundo de siglo que vendrá. En China el boom del embarazo es preocupante dado el desborde demográfico, pero los buscadores del "hijo del siglo" siguen haciendo planes para que en marzo o abril haya un embarazo en casa.

LIBRERIA

El harén



Carlos Menem, Zulema Yoma y Mohamed Alí Seineldín, tres nombres fuertes para los argentinos, tres nombres ligados, de manera explícita o elíptica, al poder, son los desencadenantes de una pregunta que se hizo la periodista Norma Morandini y que intenta responder –lo hace– en este libro: ¿qué es ser árabe? La autora cuenta que eligió a estos tres personajes para hilvanar su libro porque encontró que los unen cosas en común, y una en especial: creen en el destino, la idea más fuerte del Islam. Las particularidades familiares de cada uno de los personajes y las escenas de sus vidas que pintan claramente su ascendencia, se mezclan con datos sobre la inmigración árabe en la Argentina. Tres años de trabajo dieron buen fruto.

EL CAMAFEO

Natasha y Miguel



En 1952, una anciana desvalida moría sola en un hospital de París. A los pies de su cama estaban los datos que ella había dado: "Princesa Brasova". Nadie le daba importancia, porque desde hacía treinta años muchos rusos alardeaban de un falso pasado de nobleza. Sin embargo, la anciana era Natasha Sheremetevskaya, la mujer que sedujo y enamoró al Gran Duque Miguel Alexandrovich, el último de los zares de Rusia, hermano de Nicolás. Miguel la conoció cuando ya se había divorciado y casado por segunda vez. Hubo escándalo en la Corte cuando el sucesor al trono anunció que se divorciaría nuevamente, para casarse con una mujer... casada. La de Natasha y Miguel, como refieren los periodistas británicos Rosemary y Donald Crawford, fue una historia de amor que interrumpió primero la guerra y luego la revolución.

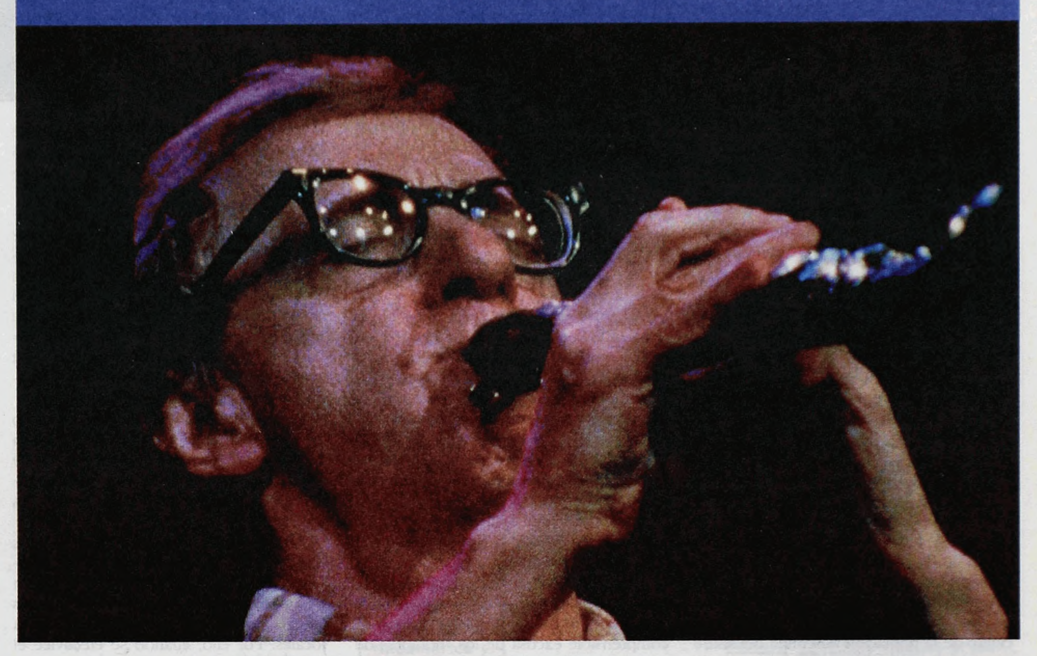
SEÑORAS Y SEÑORAS

Ex chica Bond



Probablemente pocos recuerden quién es Shirley Eaton, al menos por su nombre. Pero con sólo ubicarla en el contexto de *Dedos de oro*, tête à tête con James Bond, su imagen, tan dorada como su larga cabellera, corre veloz en auxilio de nuestra memoria. La mismísima chica Bond que paseaba unas envidiables curvas de oro por el celuloide estará hasta mañana en nuestro país desempeñándose como miembro del jurado de la selección oficial del Festival Internacional de Cine de Mar del Plata. Acida, esta inglesa que conserva aquellos enormes ojos con los que 34 años atrás supo desafiar a Sean Connery, retruca que, si hubiese cobrado por cada vez que respondió cómo era hacer escenas de amor con el glamoroso espía o cómo hacía para sacarse toda la pintura de oro, "hoy sería millonaria".

BARBARA y el clarinetista analizado



POR MOIRA SOTO

Llegó *Blues del hombre salvaje*, el film en el que la documentalista Barbara Kopple retrata a un Woody Allen extenuado por su gira europea, enternecido por su novia Soon Yi e incómodo por la vida en hoteles. Kopple es una cineasta que ha mirado como pocos las vidas reales de la gente.

De las luchas sociales y la situación de la mujer en este siglo, a las fobias y caprichitos de un divo humorista al que no lo contentan los mejores hoteles de la vieja Europa... Seguramente, la prestigiosa documentalista Barbara Kopple sabía bien con quién se metía cuando aceptó la propuesta de seguir a Woody Allen con sus cámaras, de ciudad en ciudad, de hotel en hotel, de teatro en teatro, durante veintitrés días y parte de sus noches, hasta obtener once horas de celuloide impreso (que hubo de reducir a una hora y tres cuartos). "Al final de todo, creo que las películas que recordará la gente serán los documentales porque hablan de la gente real, con problemas reales, porque se trata de obras que reflejan quiénes somos", exageró la directora en su reciente visita a España, motivada por la presentación de *Blues del hombre salvaje*, el documental que acaba de estrenarse localmente. Y según el cual los "problemas reales" de W. A. serían, entre otros: no compartir el cuarto de baño; tener a mano su botiquín con aspirinas infantiles, vitaminas, antibióticos; que el perro que viaja con su séquito no lo lama; que en Francia no le vendan un clarinete de colección; que el clima de Londres lo resfríe... En resumen, que lo que Kopple atrapa con la cámara es el viejo y familiar personaje que se ha ido consolidando a lo largo de muchos films escritos, dirigidos y actuados por Woody Allen. Personaje respecto del cual no se puede saber con exactitud cuánto tiene de Allen, o al revés, hasta qué punto el Allen actual ha incorporado ese personaje que –más allá de alguna resistencia en los Estados Unidos– sus buenos dividendos le ha rendido.

Ciertamente, la experimentada Kopple debía de saber que lo que iba a registrar en *Blues del hombre salvaje* era una gira básicamente comercial y cholula, durante la cual el interés del público no se activaría ni por la música de New Orleans ni por las discretas virtudes como clarinetista de W. A., sino por la presencia del actor-director-escritor. La presencia de un mito respetado en Europa, remiso a exhibirse públicamente (eso es lo que nos ha hecho creer) y que además viajaría en compañía de Soon Yi Previn, por ese entonces novia oficial, pocos años después del resonante escándalo de la ruptura con la madre adoptiva de la surcoreana.

THE WOODY ALLEN SHOW

A los 52, con un par de Oscar sobre alguna repisa y una fidelidad casi absoluta al documental a lo largo de su carrera, Barbara Kopple conoce el suceso en las salas cinematográficas gracias a *Blues*.... Porque si bien sus realizaciones se han visto en cineclubes y cinematecas, y algunas se han pasado por TV, obvio es que se trata de un género que raras veces llega a los cines.

Cuando en 1977 Barbara recibió el Oscar al mejor documental de manos de la gran Lillian Hellman por *Harlan County, USA* –crónica durísima de la lucha de los mineros de Kentucky–, su mirada ya estaba claramente sensibilizada por las experiencias vividas luego de abandonar el confortable hogar solventado por padre ejecutivo neoyorquino y custodiado por madre ama de casa. En West Virginia, donde se instaló, Barbara pasaba buena parte del tiempo en un sitio llamado Cabin Creek: "Ahí estaban los más pobres de los pobres", recordó hace poco a la revista *Vanity Fair*. "Las chicas se prostituían a los doce, no había servicios sanitarios, todos luchaban por sobrevivir dentro de la desesperanza. Nunca había conocido nada parecido a Cabin Creek. Ese lugar tuvo un impacto tan grande para mí que apenas comprendí que quería dedicarme al cine, decidí que haría films sobre esa gente de la que nadie habla. Haber elegido el nombre de ese lugar para mi compañía productora es una especie de compromiso simbólico con esa realidad."

Y así fue nomás (y lo seguirá siendo luego del divertimento que representó *Blues del hombre salvaje*): B. K. dirigió más de una docena de documentales, entre los cuales: *Keeping On* (1981), sobre trabajadores textiles del sur que tratan de organizarse gremialmente; *American Dream* (1989), otro Oscar de la Academia de Hollywood y varios galardones más ganó este largometraje acerca de hombres y mujeres de la clase obrera y sus dificultades para superar la crisis económica en el Medio Oeste; *Out of Darkness* (1991) registra con material de archivo y escenas


BARBARA KOPPLE EN L997, CUANDO RECIBIÓ EL OSCAR DE MANOS DE LILLIAN HELLMAN.


WOODY Y SOON YI EN UNA DE LAS ESCENAS ÍNTIMAS DEL DOCUMENTAL. ELLA LO TIENE CORTITO.

de actualidad cien años de historia del sindicato de trabajadores de minería. Los derechos civiles, la paz mundial, retratos de famosos deportistas incursionando en su pasado –como *Fallen Champ*, sobre Mike Tyson– y desde luego la problemática de la mujer (*Century of Women*, un repaso al cuadro de situación a través de las conversaciones de un grupo de actrices en un fin de semana).

Ahora, mientras le pone fin a un documental sobre la reedición en 1994 del Festival de Woodstock, con testimonios de bayboomers y representantes de la generación X, Kopple trabaja en un nuevo proyecto para TV. *Defending our Daughters: The Rights of Women in the World* es el ambicioso título para el que ha realizado tomas en Sarajevo, Camboya, Sudáfrica. Se trata de una exhaustiva investigación sobre el maltrato concreto y evidente que sufren las mujeres en muchos países, y que incluye la violación como arma de guerra y las mutilaciones genitales practicadas en 130 millones de mujeres en Africa. "Siempre mantengo en alto mi espíritu aventurero, esa necesidad de arriesgarme", dice la directora. "Cuando trabajo me siento más viva que nunca. En el momento en que me embarco en un proyecto todo lo demás deja de tener sentido."

"Me gusta su cine, me parece histéricamente divertido. Sin embargo, no me dejé llevar por esas impresiones. Cuando dirijo un documental trato de partir de cero y dejo que las cosas lleven su propio curso. Me parece que así resulta todo más interesante".

Blues del hombre salvaje, como quedó dicho, no fue un emprendimiento personal de Barbara K., si bien no le disgustó para nada la proposición de hacer este film sobre Woody A.: "Me gusta su cine, me parece histéricamente divertido. Sin embargo, no me dejé llevar por esas impresiones. Cuando dirijo un documental trato de partir de cero y dejo que las cosas lleven su propio curso. Me parece que así resulta todo más interesante". Desde ya, eso de partir de cero con Woody Allen era pedir la luna... Salvo el detalle de que Kopple, además del famoso protagonista representando su propio personaje, dispuso de un elemento anómalo, impropio en una peli de Woody Allen: Soon Yi, la chica del rostro convexo, infilmable. La coreanita maternal que lejos de chuparle las medias a su estelar marido, lo pone en vereda bastante a menudo. También está la musiquita rítmica de los '40 que el divo toca junto a su banda, con sus típicos pantalones muy pinzados y demasiado largos.

Aunque Allen no es Truman Burbank ni Kopple una émula de Christof, hay algo de mundo paralelo predeterminado con escenas vagamente turísticas, anécdotas de hotelería, concierto poblados de un público complaciente. Y quizá, sí, Soon Yi tenga rasgos de Meryl, la esposa controladora y manipuladora de Truman: siempre con las riendas en la mano, de a ratos un poco de látigo (cuando le zampa la tortilla aparentemente incomible). ¿Es Woody Allen un vampirito judío sesentañero que absorbe la energía juvenil y oriental de Soon Yi? En todo caso, se trata de un alfeñique con suficientes bríos para hacer una peli por año en calidad de autor total (se viene *Celebrity*) y de mandarse esta gira agotadora que culmina en Nueva York con los retos de mame Nettie porque Woody no tiene una esposa judía. ¿El guión se lo escribió su hijo a partir del episodio Edipo reprimido de *Historias de Nueva York*, o la letra es original de la propia progenitora? Da lo mismo: el encuentro familiar es deliciosamente divertido.

Priscila, Mariana Cortez y Marcela Paolantonio son tres diseñadoras de estilos distintos, cuyo punto en común es la obstinación por obedecer a la propia estética, desoyendo las tendencias que a gritos anuncian las revistas femeninas y de actualidad. Cada una tiene un público y un circuito.

3 Diseñadoras 3

POR VICTORIA LESCANO

Muchos de los grandes inventos en cuestión de vestuario fueron producto del imaginario femenino. Madelaine Vionnet creó los vestidos al bies y los escotes profundos en la espalda, Alix Grés los drapeados y Jeanne Paquin hizo posible que en los años '20 caminar con faldas ampulosas fuera un placer gracias al uso de enaguas. Con el tiempo las mujeres se abrieron paso y terminaron con la famosa observación de Charles Dickens: "Créanme, quienes visten y desvisten a las mujeres más famosas de París son modistas con barba". Como Mary Quant cuando en sus comienzos cosía en su departamento de un ambiente, mientras sus gatos le comían los moldes de papel y ella hacía competencias de ruedos con sus amigas, o Sonia Rykiel, que empezó a coser cuando no encontraba vestidos para lucir su embarazo, estas diseñadoras de fin de siglo se acercan al hilo y la aguja con sus cuerpos como referente. Atentas al furor de cotolengos y ferias americanas, sus colecciones están regidas por la consigna "presupuestos para tiempos de crisis" y apuntan al consumo de prendas únicas.

PRISCILA

Para Priscila, 26 años y la apariencia de una muñequita cruza de Barbie y Sailor Moon, la moda empezó como un juego desarrollado en secreto mientras estudiaba en el colegio de monjas Annunziata, un claustro de chicas revolucionarias por el que pasaron entre otras Susana Giménez y Marta Oyhanarte.

Al final de cada jornada, vestida con un jumper emparchado con vendafácil y una capa doble de medias de fútbol para maquillar la delgadez de sus piernas, la chica iba a cursos de corte y confección en una escuela pública de San Telmo.

Otro desencadenante de su vocación de diseñadora fue un viaje que durante meses mantuvo alejado a su padre y la dejó bajo custodia de una señora que se

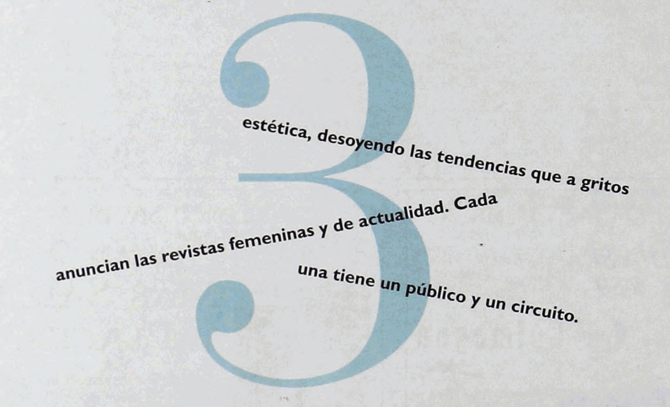


MARCELA PAOLANTONIO FRENTE A SU LOCAL DE PALERMO, FORTUNATA Y JACINTA. FUCSIA SIN MIEDO.



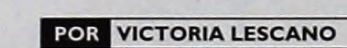
PRISCILA EN PRISL, DE DONDE ES REINA, EN LA BOND

MODA



3 Diseñadoras 3

Priscila, Mariana Cortez y Marcela Paolantonio son tres diseñadoras de estilos distintos, cuyo punto en común es la obstinación por obedecer a la propia estética, desoyendo las tendencias que a gritos anuncian las revistas femeninas y de actualidad. Cada una tiene un público y un circuito.



POR VICTORIA LESCANO

Muchos de los grandes inventos en cuestión de vestuario fueron producto del imaginario femenino. Madelaine Vionnet creó los vestidos al bies y los escotes profundos en la espalda, Alix Grés los drapeados y Jeanne Paquin hizo posible que en los años '20 caminar con faldas ampulosas fuera un placer gracias al uso de enaguas. Con el tiempo las mujeres se abrieron paso y terminaron con la famosa observación de Charles Dickens: "Créanme, quienes visten y desvisten a las mujeres más famosas de París son modistas con barba". Como Mary Quant cuando en sus comienzos cosía en su departamento de un ambiente, mientras sus gatos le comían los moldes de papel y ella hacía competencias de ruedos con sus amigas, o Sonia Rykiel, que empezó a coser cuando no encontraba vestidos para lucir su embarazo, estas diseñadoras de fin de siglo se acercan al hilo y la aguja con sus cuerpos como referente. Atentas al furor de cotolengos y ferias americanas, sus colecciones están regidas por la consigna "presupuestos para tiempos de crisis" y apuntan al consumo de prendas únicas.

PRISCILA

Para Priscila, 26 años y la apariencia de una muñequita cruza de Barbie y Sailor Moon, la moda empezó como un juego desarrollado en secreto mientras estudiaba en el colegio de monjas Annunziata, un claustro de chicas revolucionarias por el que pasaron entre otras Susana Giménez y Marta Oyhanarte.

Al final de cada jornada, vestida con un jumper emparchado con vendafácil y una capa doble de medias de fútbol para maquillar la delgadez de sus piernas, la chica iba a cursos de corte y confección en una escuela pública de San Telmo.

Otro desencadenante de su vocación de diseñadora fue un viaje que durante meses mantuvo alejado a su padre y la dejó bajo custodia de una señora que se dedicaba a coser fundas de tela para ascensores. Con 12 años, Priscila se sentó al pedal de una máquina industrial y cosió una falda con una tela de florcitas que no tenía nada de naif.

Con el tiempo compró su primera máquina, una versión clase B de la Singer, con las ganancias redituadas por el sector chicken nuggets de McDonald's. También fue aprendiz de costurera en el taller de Vitamina, una época en la que fichaba a partir de las siete de la mañana y de la que recuerda: "No tenía ambición de ser diseñadora hasta que un curso de moldería industrial al que iban los creadores del jean de calce profundoBy Deep y otras líneas masivas me ayudó a estar más atenta al proceso de la moda. Las puntadas, los moldes y las proporciones cobraron sentido".

Antes de empezar con su local de la Galería Bond Street, en Santa Fe y Rodríguez Peña (convertido en cita obligada de seguidores de tendencias avant garde tanto como de productoras de revistas femeninas vestidas para asistir a partidos de polo), vendió sus primeras prendas en un centro barrial de la agrupación Eva Perón del Abasto. Se trató de una colección de faldas hechas con toallas que, en una puesta en escena con mucho de kermesse, colgaba de sogas y ataba con broches.

Su método de diseño descarta los bocetos, algo que ella justifica con un argumento irrefutable: "Tendría que dibujar tan bien como Karl Lagerfeld". En cambio, escribe en un cuaderno los ítems de cada línea. La pollera castillo, otra Star Trek o el vestido de inspiración heavy metal que aparecen mencionados en su diario íntimo de diseño integraron la colección "Calor 98-99", que presentó en un desfile en el auditorio de L'alliance. Abundaron las remeras asimétricas con las inscripciones *snob, demodé o out*, faldas con estampados que recuerdan a neones, vestidos de chintz y buzos de ciré.

Sus ediciones limitadas se componen de retazos y estampados rescatados de antiguos depósitos. El último hallazgo es una textura que imita patterns de computadoras. Como referente a la hora de diseñar menciona a Prada: "La sigo pero es inimitable, por más que intente hacer algo como ella o Calvin Klein siempre me sale un Prisl", dice desde su tienda decorada con cortinas de plástico y pupitres de fórmica. Atrás quedaron los días en que las estudiantes bajaban a su local en busca de los esmaltes más extravagantes y luego descubrían a la costurerita en acción. Su logo oriental, con el slogan *alta postura*, se extiende a una línea de stickers que sus fans más adolescentes pegan en sus habitaciones. Sobre la moda del año 2000 sostiene: "Hace algunos años se asociaba al plateado como el colmo de la modernidad, hoy creo que va a pasar por un vintage futurista, un estilo limpio y arrugado a la vez".

PRISCILA



MARCELA PAOLANTONIO



MARIANA CORTEZ

JUANA DE ARCO

En un local de El Salvador y Gurruchaga ambientado con silloncitos originales de los años '50 en color turquesa, Mariana Cortez da forma a las prendas de la etiqueta Juana de Arco, cuyo logo reproduce moldería retro. Accesorios que remiten a la infancia, hebillas, vinchas y carteras en miniatura se exhiben como si se tratara de ediciones limitadas de Tiffany's.

"No quiero formar víctimas de la moda, prefiero cubrir una necesidad básica de indumentaria, mediante diseños cuyo uso no quede limitado a una sola temporada", advierte la diseñadora de 26 años, graduada en la Carrera de Diseño de la Universidad de Buenos Aires.

Su línea incluye camisas con estampados de alcauciles, tomates y personajes de comic que delatan un parentesco con Meteoro, vestidos de algodón con remates de pasamanería, remeras y faldas a la rodilla, algunas de denim y otras que combinan rayas y lunares. Mariana les da forma desde una mesa de corte instalada en el sótano que, en forma simultánea, funciona como galería de arte y que pliega en ocasión de cada vernissage. Allí también atesora las telas que compra con periodicidad aunque a veces las estaciona durante meses.

Al estilo de las boutiques londinenses de antaño, el living de Juana de Arco funciona como punto de encuentro de estudiantes de cine y diseño.

Su prenda fetiche es el "vestido jogging", un básico que además de responder a la consigna de comodidad y funcionalidad, recuerda a las camisetas que la americana Betsey Johnson hizo en los tiempos en que creaba a partir de las camisetas de fútbol de su marido, el guitarrista de la Velvet Underground, John Cale.

Sus primeras pasos en la moda fueron a mediados de los '90, cuando aplicó el concepto de prendas únicas a un línea de bikinis que vendía en la playa y le permitía financiar sus vacaciones. El modelo más taquillero, hoy convertido en un clásico de la marca, es un corpiño cruzado, adaptación del *cache coeur* que suelen usar las bailarinas clásicas, que sigue haciendo en estampados de lúrex o reproducciones de gafas para sol.

"Diseñar tiene mucho de juego de volúmenes, al combinar telas entre sí intento generar una nueva textura como si se tratara de un cuadro", cuenta la diseñadora, que no teme desafiar los códigos que rigen la etiqueta en cuestión de colores. Aprendió a coser con la ayuda de su abuela. De su madre y varias tías heredó camisas con cuellos en punta, suéteres de plush y jeans Robert Lewis que ocupan un lugar privilegiado en su guardarropas.

Su próximo desafío es encontrar el corte más apropiado al prototipo de un mono rayado, versión elegante de pijama para poder trabajar en la casa y atender pedidos a domicilio sin renunciar a la coquetería.

FORTUNATA ALEGRÍA

Una sumatoria de rojo, fucsia, naranja, turquesa y violeta subidos aplicados a una línea de vestidos netos, faldas rectas, sastrería y carteras definen la filosofía de diseño de Marcela Paolantonio, factótum de Fortunata Alegría, ubicada en Malabia 1619. La ambientación es tan despojada y colorida como las prendas: bombitas de 100 watts adornadas con frutillas de terciopelo, percheros con ruedas, y bastidores rosa intenso. Con 39 años y una trayectoria en vestuario para cine, fotografía, pintura, danza y teatro, Marcela creció jugando entre mesas de 25 metros de rastis y performances de Marta Minujin en el Instituto Di Tella, donde su padre, el autor teatral José María Paolantonio, tenía un puesto de jerarquía. Reconoce como maestros de diseño a los jefes de sastrería del teatro San Martín.

A los 18 empezó a fabricar una serie de spolverinos con la que abasteció a la firma Bordeaux, para la que luego llegó a diseñar varias colecciones. "Mi ropa no deposita la femineidad en la aplicación de moños, puntillas ni estampados de flores. Prefiero las líneas puras, despojadas y poner el énfasis en los colores."

Su flamante colección incluye vestidos "shift" de bambula, una tela tan asociada con las túnicas y el hippismo a la que aggiorna en los '90 con escotes en V, intentado estilizar los hombros y la figura. Fue presentada en el bar Malas Artes, nuevo epicentro de actividades culturales de Palermo Viejo, en un desfile que incluyó mujeres con cuerpos normales y otras que rozaron el XL. "Creo en el concepto de la ropa multipropósito, válida para ir al supermercado y de ahí a un cocktail. Trabajo tres talles y aparte hago los mismos modelos a medida." Su paleta de colores excluye salmón, verde agua, azul marino y grises perlas, con el mismo criterio descarta estampados que no ostenten rayas ni lunares.

Como complementos suma una línea de cartera que incluye el modelo ron –en homenaje a un fin de semana en Cartagena con su marido y lejos de sus tres hijos– y el kinder que parte de bolsitas similares a las de los jardines de infantes. También crea trajes de baño sin aros, corpiños bandeux y, bikinis triángulo, todos en tonos que parecen surgidos de lollipops. Una propuesta con influencias de la cubana Isabel Toledo y el concepto "cheap & chic" inaugurado por Moschino ●



MARCELA PAOLANTONIO FRENTE A SU LOCAL DE PALERMO, FORTUNATA Y JACINTA. FUCSIA SIN MIEDO.



PRISCILA EN PRISL, DE DONDE ES REINA, EN LA BOND STREET.



MARIANA CORTEZ EN EL INTERIOR DE JUANA DE ARCO, EL LOCAL DONDE VENDE SUS DISEÑOS.

FOTOS: LUCILA BLUMENCWEIG

PRISCILA


MARCELA PAOLANTONIO


MARIANA CORTEZ

dedicaba a coser fundas de tela para as-censores. Con 12 años, Priscila se sentó al pedal de una máquina industrial y co-sió una falda con una tela de florcitas que no tenía nada de naif.

Con el tiempo compró su primera má-quina, una versión clase B de la Singer, con las ganancias redituadas por el sec-tor chicken nuggets de McDonald's. También fue aprendiz de costurera en el taller de Vitamina, una época en la que fichaba a partir de las siete de la maña-na y de la que recuerda: "No tenía ambi-ción de ser diseñadora hasta que un curso de moldería industrial al que iban los creadores del jean de calce profun-doBy Deep y otras líneas masivas me ayudó a estar más atenta al proceso de la moda. Las puntadas, los moldes y las proporciones cobraron sentido".

Antes de empezar con su local de la Galería Bond Street, en Santa Fe y Ro-dríguez Peña (convertido en cita obliga-da de seguidores de tendencias avant garde tanto como de productoras de re-vistas femeninas vestidas para asistir a partidos de polo), vendió sus primeras prendas en un centro barrial de la agru-pación Eva Perón del Abasto. Se trató de una colección de faldas hechas con toa-llas que, en una puesta en escena con mucho de kermesse, colgaba de sogas y ataba con broches.

Su método de diseño descarta los bo-cetos, algo que ella justifica con un ar-gumento irrefutable: "Tendría que dibu-jar tan bien como Karl Lagerfeld". En cambio, escribe en un cuaderno los ítems de cada línea. La pollera castillo, otra Star Trek o el vestido de inspiración heavy metal que aparecen mencionados en su diario íntimo de diseño integraron la colección "Calor 98-99", que presentó en un desfile en el auditorio de L'allian-ce. Abundaron las remeras asimétricas con las inscripciones *snob, demodé o out*, faldas con estampados que recuer-dan a neones, vestidos de chintz y bu-zos de ciré.

Sus ediciones limitadas se componen de retazos y estampados rescatados de anti-guos depósitos. El último hallazgo es una textura que imita patterns de computado-ras. Como referente a la hora de diseñar menciona a Prada: "La sigo pero es inimi-table, por más que intente hacer algo co-mo ella o Calvin Klein siempre me sale un Prisl", dice desde su tienda decorada con cortinas de plástico y pupitres de fór-mica. Atrás quedaron los días en que las estudiantes bajaban a su local en busca de los esmaltes más extravagantes y luego descubrían a la costurerita en acción. Su logo oriental, con el slogan *alta postura*, se extiende a una línea de stickers que sus fans más adolescentes pegan en sus habitaciones. Sobre la moda del año 2000 sostiene: "Hace algunos años se asociaba al plateado como el colmo de la moderni-dad, hoy creo que va a pasar por un vin-tage futurista, un estilo limpio y arrugado a la vez".

JUANA DE ARCO

En un local de El Salvador y Gurruchaga ambientado con silloncitos originales de los años '50 en color turquesa, Mariana Cortez da forma a las prendas de la eti-queta Juana de Arco, cuyo logo reprodu-ce moldería retro. Accesorios que remiten a la infancia, hebillas, vinchas y carteras en miniatura se exhiben como si se trata-ra de ediciones limitadas de Tiffany's.

"No quiero formar víctimas de la mo-da, prefiero cubrir una necesidad básica de indumentaria, mediante diseños cuyo uso no quede limitado a una sola tem-porada", advierte la diseñadora de 26 años, graduada en la Carrera de Diseño de la Universidad de Buenos Aires.

Su línea incluye camisas con estampa-dos de alcauciles, tomates y personajes de comic que delatan un parentesco con Meteoro, vestidos de algodón con rema-tes de pasamanería, remeras y faldas a la rodilla, algunas de denim y otras que combinan rayas y lunares. Mariana les da forma desde una mesa de corte insta-lada en el sótano que, en forma simultá-nea, funciona como galería de arte y que pliega en ocasión de cada vernissa-ge. Allí también atesora las telas que compra con periodicidad aunque a ve-ces las estaciona durante meses.

Al estilo de las boutiques londinenses de antaño, el living de Juana de Arco funciona como punto de encuentro de estudiantes de cine y diseño.

Su prenda fetiche es el "vestido jog-ging", un básico que además de res-ponder a la consigna de comodidad y funcionalidad, recuerda a las camisetas que la americana Betsey Johnson hizo en los tiempos en que creaba a partir de las camisetas de fútbol de su mari-do, el guitarrista de la Velvet Under-ground, John Cale.

Sus primeras pasos en la moda fueron a mediados de los '90, cuando aplicó el concepto de prendas únicas a un línea de bikinis que vendía en la playa y le permi-tía financiar sus vacaciones. El modelo más taquillero, hoy convertido en un clá-sico de la marca, es un corpiño cruzado, adaptación del *cache coeur* que suelen usar las bailarinas clásicas, que sigue ha-ciendo en estampados de lúrex o repro-ducciones de gafas para sol.

"Diseñar tiene mucho de juego de vo-lúmenes, al combinar telas entre sí in-tento generar una nueva textura como si se tratara de un cuadro", cuenta la dise-ñadora, que no teme desafiar los códi-gos que rigen la etiqueta en cuestión de colores. Aprendió a coser con la ayuda de su abuela. De su madre y varias tías heredó camisas con cuellos en punta, suéteres de plush y jeans Robert Lewis que ocupan un lugar privilegiado en su guardarropas.

Su próximo desafío es encontrar el corte más apropiado al prototipo de un mono rayado, versión elegante de pija-ma para poder trabajar en la casa y atender pedidos a domicilio sin renun-ciar a la coquetería.

FORTUNATA ALEGRÍA

Una sumatoria de rojo, fucsia, naranja, turquesa y violeta subidos aplicados a una línea de vestidos netos, faldas rectas, sastrería y carteras definen la filosofía de diseño de Marcela Paolantonio, factótum de Fortunata Alegría, ubicada en Malabia 1619. La ambientación es tan despojada y colorida como las prendas: bombitas de 100 watts adornadas con frutillas de ter-ciopelo, percheros con ruedas, y bastido-res rosa intenso. Con 39 años y una tra-yectoria en vestuario para cine, fotografía, pintura, danza y teatro, Marcela creció ju-gando entre mesas de 25 metros de rastis y performances de Marta Minujin en el Instituto Di Tella, donde su padre, el au-tor teatral José María Paolantonio, tenía un puesto de jerarquía. Reconoce como maestros de diseño a los jefes de sastrería del teatro San Martín.

A los 18 empezó a fabricar una serie de spolverinos con la que abasteció a la fir-ma Bordeaux, para la que luego llegó a diseñar varias colecciones. "Mi ropa no deposita la femineidad en la aplicación de moños, puntillas ni estampados de flores. Prefiero las líneas puras, despojadas y po-ner el énfasis en los colores."

Su flamante colección incluye vesti-dos "shift" de bambula, una tela tan asociada con las túnicas y el hippismo a la que aggiorna en los '90 con esco-tes en V, intentado estilizar los hom-bros y la figura. Fue presentada en el bar Malas Artes, nuevo epicentro de actividades culturales de Palermo Vie-jo, en un desfile que incluyó mujeres con cuerpos normales y otras que ro-zaron el XL. "Creo en el concepto de la ropa multipropósito, válida para ir al supermercado y de ahí a un cocktail. Trabajo tres talles y aparte hago los mismos modelos a medida." Su paleta de colores excluye salmón, verde agua, azul marino y grises perlas, con el mis-mo criterio descarta estampados que no ostenten rayas ni lunares.

Como complementos suma una línea de cartera que incluye el modelo ron –en homenaje a un fin de semana en Cartagena con su marido y lejos de sus tres hijos– y el kinder que parte de bolsitas similares a las de los jardines de infantes. También crea trajes de ba-ño sin aros, corpiños bandeux y, biki-nis triángulo, todos en tonos que pare-cen surgidos de lollipops. Una pro-puesta con influencias de la cubana Isabel Toledo y el concepto "cheap & chic" inaugurado por Moschino ●


REET.

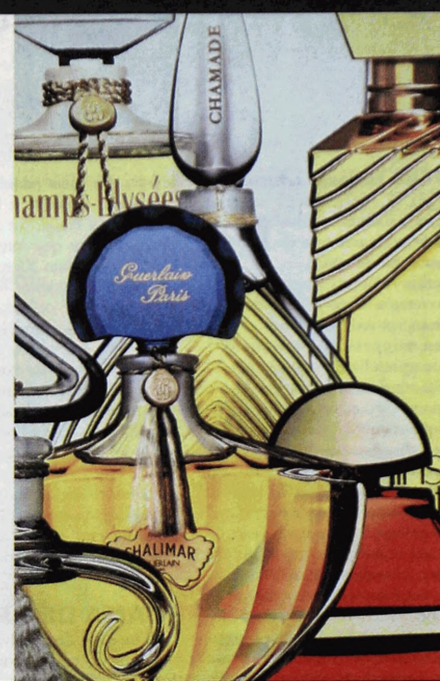

MARIANA CORTEZ EN EL INTERIOR DE JUANA DE ARCO, EL LOCAL DONDE VENDE SUS DISEÑOS.

FOTOS: LUCILA BLUMENCWEIG

Lo NUEVO *lo raro* LO UTIL

ESPECIALISTAS EN PERFUMES





Guerlain es una marca pionera en perfumería, que no tiene reparos en subrayar que sus productos son de lujo y elitistas. Sus responsables sostienen que no han bajado un ápice la calidad de sus perfumes buscando más público. Fragancias y frascos son tratados con la misma noción de objetos de arte: las fórmulas son secretas y audaces, ubicadas en el umbral de lo conocido y a partir de lo cual sus técnicos siguen explorando. A Guerlain pertenecieron los primeros perfumes con bases de síntesis (Jicky) y de reminiscencias orientales (Shalimar). Ambos tuvieron su estrellato gracias a quienes los usaron: el primero fue arrebatado a las mujeres por hombres atrevidos y el segundo encantó a dandies como Lord Seymour o a artistas como Nijinsky. Más de 620 fragancias fueron creadas por la marca que fundó Pierre-François-Pascal Guerlain, perfumista vinagrero que en el siglo XIX adquirió sus títulos de nobleza, convirtiéndose en perfumista principal de la emperatriz Eugenia y de todas las cortes de Europa. Guerlain se jacta en la actualidad de ser una de las últimas grandes casas cuyos responsables se ocupan personalmente de recorrer el mundo en busca de las materias primas. El sándalo y el jazmín son comprados en la India, la bergamota en Reggio di Calabria, el oppopomax y el benjuí en Etiopía, y la flor de azahar en Túnez. Shalimar, Samsara y Champs-Elisées son las fragancias históricas que ahora están en Buenos Aires.

CERCA DE NAVIDAD





Como cada año, las perfumerías comienzan a poblarse de ofertas especiales, algunas sumamente atractivas. Estée Lauder, por ejemplo, armó varios sets diferentes: tres de fragancias (Small Wonders, miniaturas; Pleasures Day by Day –perfume y loción para el cuerpo–, Pleasures and Dreams -perfume, crema para el cuerpo, gel de baño y miniatura–) y uno de maquillaje (con un packaging lindísimo que puede ser usado como alhajero), cuyos compradores de Pozzi, Beauty Shop, Franco Inglesa y Rouge recibirán, hasta agotar el stock, un bolso rojo y un labial del mismo tono. Por su parte, Martha Harff preparó sets de productos aromáticos –velas, sales, jabones– y sus líneas de aceites a precios especiales para estas fiestas.

JABÓN Y ALMENDRAS

NIVEA LANZÓ SU NUEVO JABÓN DE TOCADOR, CREMOSO, CON ACEITE DE ALMENDRAS Y VITAMINA F, QUE TIENE UNA INTENSA ACCIÓN HIDRATANTE. SE TRATA DE UN JABÓN NATURAL DERIVADO DEL ACEITE DE COCO, QUE TAMBIÉN CONTIENE ÁCIDOS GRASOS ANIMALES. EL ACEITE DE ALMENDRAS SE EXTRAE DE LA PEPITA DE LA PLANTAPRUNUS AMYGDALUS DULCIS, AL QUE SE AGREGA UN 20 POR CIENTO DE ÁCIDO LINOLEICO, DE PROPIEDADES EMOLIENTES.



AGENDA

IMPRESIONES

Este mes se está llevando a cabo la muestra "Impresiones" en la Galería Berni del consulado argentino de Río de Janeiro. Forman parte de la exhibición Esteban Alvarez, Andrea Juan (foto), Carla Rey, Tamara Stuby y Lucrecia Urbano.



CURSOS DE AVON

Cursos, talleres y conferencias, en el marco del Programa de Desarrollo Integral de la Mujer, sirven para acercar la marca de cosmética a sus clientas y a las mujeres en general. En noviembre están teniendo lugar cursos de belleza (de automaquillaje básico, de maquillaje correctivo, y de maquillaje para pieles con problemas), además de conferencias sobre Mujer y trabajo y Aprendiendo a negociar. Informes, llamando gratis al 0 800-8-2222 (de 9 a 17).

BELLEZA EN EL SOLAR

También en El Solar de la Abadía (Luis María Campos y Maure) continúan las sesiones de belleza que brindan gratuitamente a las clientas expertos de Biotherm, Lancôme y Shiseido. Todos los jueves entre las 16 y las 17. La cosa es con sorteos.

Después de nueve meses de conciliábulos y nombres sin consenso, finalmente la abogada Alicia Oliveira fue designada al frente de la Defensoría del Pueblo de la Ciudad de Buenos Aires. A los 29 años fue jueza, pero a los 32 la dictadura la echó por "inepta, subversiva y corrupta", cargos que ella dice que, por venir de quienes vinieron, fueron "un honor". Una de sus principales preocupaciones, ahora, es el maltrato a los adolescentes.



FOTO: TAMARA PINCO

LA *ombuds-* WOMAN

POR SOLEDAD VALLEJOS

Esta mujer rubia parece predestinada a ostentar records. En 1973, sus 29 años irrumpieron en la titularidad de un juzgado correccional de menores, franqueando la entrada al fuero penal, hasta entonces terreno puramente masculino. Tres años después, las acusaciones oficiales de "inepta, subversiva y corrupta" obligaron a la joven jueza a deshacer el camino andado y abandonar su cargo a poco de iniciado el gobierno militar. Ese, dice ella, es uno de sus orgullos: "Teniendo en cuenta de quiénes venían esos calificativos, más que una vergüenza eran un honor". Es Alicia Oliveira, la flamante defensora del Pueblo de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires, y primera mujer en ostentar tal función. Desde la calidez de la casa que comparte en el Abasto con Alberto, su marido, y sus tres hijos, la ombudswoman se queja una y otra vez de la sesión fotográfica ("¿Ya está?", suplica tras la segunda toma) a la que debe prestarse. Desde su designación por unanimidad en la Legislatura, hace exactamente una semana, su rutina diaria se vio alterada por la intromisión de flashes y luces que ella no logra aceptar con la misma placidez que sus cuatro perros, y se le nota. Abogada del Centro de Estudios Legales y Sociales desde hace tanto tiempo que ya no puede precisarlo, convencional constituyente en 1994, y secretaria legislativa del bloque de diputados porteños del Frepaso hasta hace pocos días, Oliveira inició esta semana su tarea al frente de la Defensoría, un cargo que, afirma, parece diseñado a su medida.

–Su designación sobrevino tras largo tiempo de discusiones en la Legislatura, durante el que se rechazó a más de un candidato, ¿cómo vivió ese proceso?

–Fue todo muy largo. Fueron cayendo unos, otros, otros, fue una situación que duró meses: nueve meses. Aparecía un candidato y caía, aparecía otro candidato y caía, y la única que tuvo unanimidad fui yo. En nueve meses, la primera... casi como un parto.

–Días pasados declaró que una de sus mayores preocupaciones es el maltrato a los jóvenes.

–Sí, sí, en el CELS comenzamos en 1986 a realizar investigaciones sobre el tema, que luego se llamó "gatillo fácil", porque aparecieron muchísimos casos de asesinatos de jóvenes que se justificaban como enfrentamientos entre policías y delincuentes. En realidad, muy pocos eran enfrentamientos, en general eran fusilamientos encubiertos, y por eso nosotros comenzamos a denunciar. Por otra parte, hace un tiempo en Buenos Aires se está viendo el tema de la violencia de los patovicas hacia los jóvenes, y acá hay un grave error: el malo de la película es el patovica exclusivamente. Pero esto no es así, los responsables son también los propietarios de los boliches, que los contratan, y la policía, que se los permite, porque si no los patovicas tendrían que hacer otra cosa. Equivocarnos con ellos puede ser grave. Entonces, hay que hacer una investigación y encontrar seriamente todo ese tipo de cosas, no puede ser que los chicos vivan siendo golpeados, maltratados. Además, uno se entera solamente cuando hay muertos o heridos, pero el maltrato que reciben cuando entran al boliche o cuando no entran no se contempla. Hay maltrato cotidiano, violencia permanente. Para ser ciudadano también hay que ser educado, y eso lo vamos a tener que enseñar y aprender entre todos.

Uno de los primeros objetivos que Oliveira se impuso en la función es rescatar lo que llama "el principio del ciudadano", un precepto que nota ausente desde hace ya tiempo.

—¿Qué falencias encuentra como consecuencia de no reconocerse en el papel de ciudadano?

–Aceptar el maltrato, por ejemplo. Pero eso se debe a que vivimos en una ciudad sumamente autoritaria, y la gente sólo se ha comunicado a través del autoritarismo. No se olvide que tenemos años y años de autoritarismo y de militarismo encima. Entonces, la comunicación siempre se ha entablado por esa vía, la gente no está acostumbrada a comunicarse de otra manera. Y yo no quiero que los chicos, que tienen que empezar a recibir mensajes para convertirse en ciudadanos, estén recibiendo los mismos mandatos de violencia, porque hoy les pegan a ellos, pero el día de mañana van a ser ellos quienes peguen.

–¿Cree que va a haber influencias en los temas de género por ser una mujer la titular de la Defensoría?

–En realidad, yo no me voy a inmiscuir mucho en el tema de la mujer... bah, sí, pero tengo una especialista, que es Diana Maffía (defensora adjunta que tendrá bajo su responsabilidad el área de derechos humanos e igualdad entre el hombre y la mujer), así que en ese aspecto creo que va a estar muy bien cuidada la Defensoría.

Las otras urgencias a las que piensa dedicarse la ombudswoman en sus primeros tiempos de defensora son la relación de las fuerzas de seguridad con los jóvenes –"definitivamente, los chicos no pueden ser tratados como cosas"– y el ejercicio del control de servicios públicos y entes reguladores.

—¿Cree que alterará mucho su vida cotidiana este cargo?

–Yo toda la vida trabajé mucho. Ahora en el CELS no puedo trabajar más porque sería incompatible, pero de todas maneras los chicos –María José, de 27 años y rostro idéntico a su madre; Mariano, de 23, y Alejandro, de 20– nunca tuvieron una vida muy tranquila. Se imagina que la época de la dictadura militar era bastante más riesgosa que estar en la Defensoría del Pueblo, y pagada por el Estado●

En la Villa 20 de Lugano, 26 casas van asomando gracias a un programa del Gobierno de la Ciudad que se propone urbanizar la villa. Nueve de las viviendas están siendo levantadas por mujeres, en representación de sus propias familias. Entre cemento, cal, viguetas y ladrillos, echando músculos, ellas demuestran día a día que están a la altura de las circunstancias.

MANOS A LA OBRA


FOTOS: TAMARA PINCO

POR SANDRA CHAHER

El rectángulo donde se están construyendo las 26 casas empieza en el borde de la Villa 20, en Lugano. Y quienes van a vivir en el nuevo barrio siguen siendo por ahora habitantes de esa urbanización ensortijada en la que se amontonan casi mil familias. Dentro del plan de radicación de villas del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, figura la reinserción de estas casas amontonadas un enjambre en donde la subjetividad se diluye entre patios compartidos, ventanas indiscretas, pasillos laberínticos. Para transformar estos barrios, el Gobierno se propone dotarlos de sistema cloacal, iluminación y calles internas. Por eso fueron elegidas las 26 familias más antiguas que se asentaron en las primeras calles que intentarán abrir la villa a Buenos Aires.

Con una vocación pedagógica heredada de su historia política, los funcionarios de De la Rúa buscaron también que el emprendimiento dejara moraleja. Decidieron entonces que ellos darían, en principio, las tierras, los materiales y la asistencia técnica, pero cada familia debía poner a alguno de sus miembros a levantar paredes. Cuando se muden, vendrá la segunda etapa: la cuota mensual con la que pagarán las tierras y los materiales. Ninguno de los 26 autoconstructores sabrá cuál es su casa hasta el día de la entrega –"Esto lo hacemos para que crezcan todas iguales", aclara el arquitecto Héctor Ibáñez, gerente de Promoción Social Urbana–, y además, el arquitecto Juan José Montañez, a cargo de la obra, pone un énfasis particular en fomentar la convivencia de un grupo humano que, más que cualquier otro en estos años, mamó de la vida que hay que defender el cuero a cualquier precio.

ELLAS

Entre los 26 autoconstructores hay 9 mujeres. Hace cinco meses que están en obra y ya han pasado por experiencias que modificarán sus vidas y sus vínculos. Casi todas son jóvenes, muchas tienen hijos, y este trabajo codo a codo con los hombres es para la mayoría algo inédito.

Muchas tienen la piel reseca, ni hablar de las manos. Descargaron ladrillos, cal, revocaron paredes, prepararon fajas. El fruto son, por ahora, hileras altas y parejas de ladrillos que envuelven dos ambientes, baño y cocina. No hay aún techos y recién florecen algunas ventanas.

En cinco meses, estas mujeres no sólo tuvieron un aprendizaje práctico acelerado de albañilería sino que aprendieron sobre las relaciones sociales y los hombres probablemente mucho más de lo que dedujeron en sus vidas familiares. No se quejan, al final están llegando casi a entenderse, pero en el medio hubo tormentas destellantes, rencores, reconciliaciones, resignaciones, treguas y confianzas.

Divididos en cinco grupos, todos tienen un oficial a cargo que es hombre, ellas han llegado como mucho a medio-oficial, la mayoría son ayudantas. Pero así debe ser, afirman, porque varios de los hombres son albañiles de profesión, aunque otros se las dan de tales y saben tanto como ellas, rezonga alguna.

"No hacemos más ni menos que los hombres, pero ellos nos orientan –dice Marilú, que resultará la verborrágica del grupo-, nos dan el primer paso. Hay veces que nos peleamos, siempre dicen que no hacemos lo mismo que ellos".

"Somos contadas las que somos reconocidas porque trabajamos a la par de ellos. Pero si vamos a ser sinceras, siempre hay alguna que trabaja menos que las demás porque no se siente capacitada para hacerlo", sigue Marilú, pelo largo y semienrulado, flaca y vivaz. La charla se anima y las risas se expanden. Los hombres miran desde atrás de las ventanas. Creen que las gorras los esconden, pero el disimulo es una obviedad. Ya hubo entrevistas en el barrio, pero ésta es la primera vez que ellas son las protagonistas exclusivas, y se están cobrando los desplantes. "La primera vez que nos vinieron a hacer una nota nos gritaban 'vayan a lavar los platos', y no nos dejaban hablar. Decían que nosotros traíamos a nuestros maridos y les decíamos 'mirá papito lo que hizo mamita', y eso es mentira", se quejan. "Los hombres antes tenían motivos para quejarse de mí, pero ya no", dice Sandra con una humildad que conmovería a cualquiera de los guapos "oficiales". "Yo paso material, atiendo al oficial, hago el revoque y le paso la regla. El se fija si lo hice bien. Pero creo que los trabajos más fuertes los hicimos los dos, porque traer las carretillas con ladrillos es lo más pesado. Y ellos que están ahí, pegándolos, creo que es lo más fácil. Yo me recansé. Nos tenían medio de peón. Yo sabía poner ladrillos, pero no me dejaban, soy sólo ayudanta..."

"Por ejemplo, las viguetas, que van arriba, nos decían que las tenían que poner ellos, que nosotras no nos íbamos a poder subir a los andamios. 'Hagan limpieza', nos decían", ríe Marilú. "Yo estaba podrida de barrer", agrega Sandra con resignación. "Hasta que mi hermana se animó y entonces todas hicimos viguetas", se enorgullece Marilú.

"Y ahora subir ya no nos cuesta como al principio", dice María Eugenia, que durante una época iba a la obra casi sin dormir. El sueldo de su marido no alcanzaba y ella tenía que trabajar por las noches en una empresa de limpieza, pero después había que estar a las ocho en la puerta de la obra.

LAS PAREJAS

Estas mujeres alteraron las rutinas de sus familias, y no sólo en los horarios. Sus hombres las vieron cargando bolsas de 25 kg de cal, vieron durante muchos días los antebrazos verdes azulados de haber descargado 5000 ladrillos, las vieron trepadas a los andamios, las vieron llegar a casa molidas y las recompensaron... por saber hacer lo mismo que ellos. "Puede ser que hayan mejorado las parejas –reflexiona Marilú–. Porque ellos siempre esperaban que la casa esté limpia, que la comida esté a determinada hora. Y ahora hay muchos que cocinan y limpian a la par nuestra o de nuestros hijos." "Por ahí antes una iba a trabajar fuera de la casa y ellos no lo valoraban tanto como ahora, que nos ven acá haciendo un trabajo de hombre", agrega Marcela y el asentimiento es general.

De pronto se percibe la presencia cercana de los funcionarios municipales y de algunos de los constructores. Hablan entre ellos, pero se presiente su atención al cotilleo femenino. Ibáñez se acerca a despedirse y no puede evitar el elogio político: "Si no fuera por las mujeres, estos barrios serían peores de lo que son. Porque ellas tienen un horizonte diferente al del hombre: velan por sus hijos y se preocupan para que esto mejore." Luego el hombre se despide, prometiendo un asado para la semana siguiente. Marisol, que ha estado tímidamente a un costado, se ríe con ironía comprensiva: "Desde que empezó la obra nos está prometiendo un asado y todavía no se hizo". Todas ríen▪

¿POR QUÉ LE HABRÁN PUESTO *caballos?*

Daniela Mangini tiene 23 años y es actualmente la única jocketa que corre en Palermo. Debutó en el hipódromo de su ciudad natal, Córdoba, después de haber probado y abandonado la equitación, que para su gusto era "un deporte para señoritas". Tiene un novio jockey y un sueño: ganar, algún día, el Pellegrini.

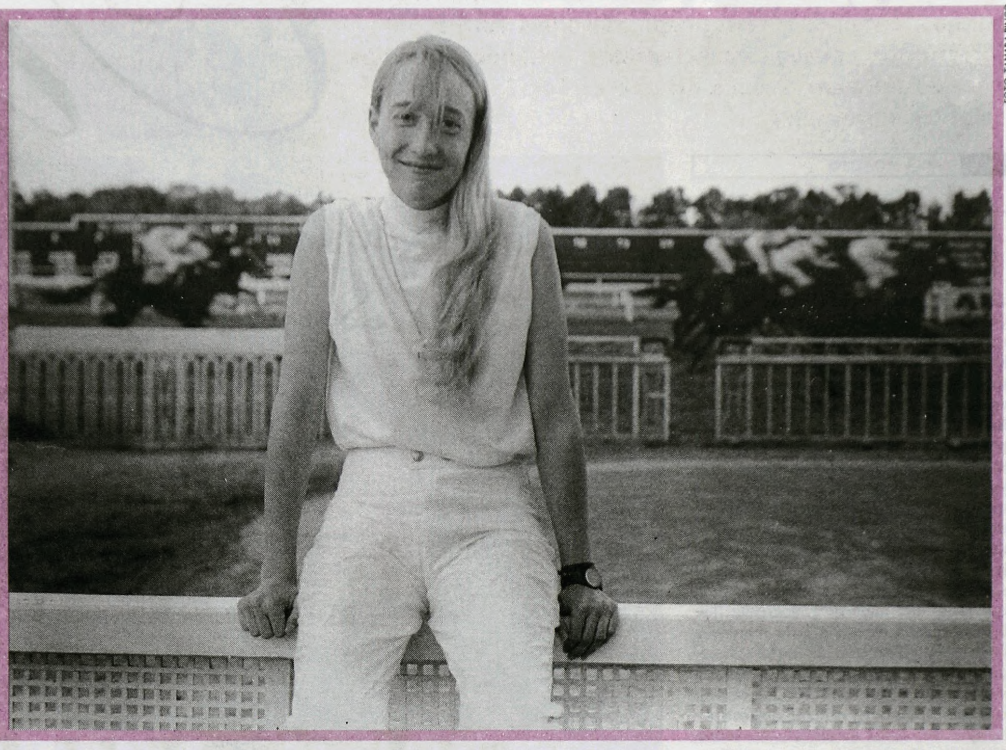


FOTO: TAMARA PINCO

POR RAQUEL ROBLES

Ella fue siempre un bicho de ciudad. El campo no la atraía por sus grandes extensiones verdes, ni por la tranquilidad, ni por las mañanas diáfanas con su fondo musical de pajaritos. Sólo una cosa la enamoraba del campo: los caballos. Sus padres lo notaron en seguida y con apenas cinco añitos la mandaron a aprender equitación. Empezó con un pony, acorde a su pequeño tamaño, pero pronto quiso pasar a los verdaderos caballos. No duró mucho en las clases, sin embargo. "Me aburrí de la equitación porque avanzaba muy poco. Me querían hacer saltar una barrerita cuando yo en el campo saltaba tranqueras y andaba a lo indio, además es un deporte para señoritas, todo es muy fino y muy caro", dice Daniela Mangini, 23, con una voz tan delicada que hace pensar en ocultas rebeldías.

Abandonadas las pretensiones de niña bien, se dedicó a montar una yegua por las calles de su barrio en el centro de Córdoba. Los vecinos se acostumbraron a verla pasar como una ráfaga, una diminuta amazona vestida con ropas de colegio. Hasta que un señor la invitó a llevar a su mestiza a correr las cuadreras, unas carreras cortas que se estilan en el interior. Allá fue toda la familia cada domingo a verla competir. Daniela ya tenía quince años y como en una película de Hollywood se presentó ante sí la tan ansiada oportunidad. El jockey faltó a la cita y Daniela no dudó en salir a la cancha. "Fueron 275 metros. Me explicaron que cuando se abrían las gateras tenía que salir palo y palo hasta cruzar el disco, me prestaron un casco y un látigo y así nomás como estaba, en jean y zapatillas, la corrí en pelo. Y gané. No me bajé nunca más del caballo. Fue lo más hermoso que me pasó en la vida."

EL SALTO AL HIPÓDROMO

Pero como siempre pasa, aquello que se desea tanto cuando llega ya no alcanza. Había que dar el gran salto y llegar al hipódromo, el de Córdoba. Se hizo presentar al presidente de la Comisión de Carreras y pensó que todo saldría a pedir de boca como hasta ese momento. Pero se equivocó. Del mucho gusto a la entrevista pasaron meses, en los que ella lo esperaba en su oficina todos los días a la salida del colegio, y él siempre estaba en una reunión impostergable. Finalmente la recibió en su despacho, cansado de hacerse excusar. Pero la respuesta no fue la que Daniela esperaba. Le dijo que el hipódromo no era para las chicas, que las carreras no eran un trabajo para mujeres, y que si ella quería podía recomendarla para el hípico. Justo el lugar de donde venía, donde pretendían que saltara vallas con elegancia de señorita. Pero no se resignó. Siguió la rutina de visitarlo cada mediodía, con los libros en la mano y vistiendo su uniforme de colegio de monjas. Hasta que el presidente ya no pudo soportar la idea de esa adolescente esperando en la recepción y decidió presentarla a un stud.

"En el stud me trataban más o menos, porque no querían mujeres. Me dolía que nadie me diera bola, que sólo me tuvieran para hacer trabajos de peón, como cepillar a los caballos, limpiarles las camas, barrer sus necesidades. Yo escuchaba que todos decían 'ésta no dura una semana'. Pero pasaban las semanas y los meses y yo seguía firme." Trabajaba todos los días, incluidos sábados y domingos. Cuando la dejaron por fin subirse a un matungo le dieron el más cachuzo del stud. Aprendió a varearlo y después de largos ocho meses, con dieciséis años y muchas ilusiones, llegó el día del debut. Los nervios le atenazaban la garganta y tuvo que tomarse un tranquilizante para poder dormir la noche anterior. Se probó el traje de jockey unas trescientas veces y llegó temblando como una hojita a su primera carrera oficial; acompañada por toda una comitiva de familiares, compañeras de colegio y vecinos que no se querían perder el evento. "Yo estaba muy nerviosa pero se me pasó todo en cuanto me subí al caballo. Estaba en la gatera como si nada. Nunca había corrido 1200 metros y era la primera vez que corría subida a la montura, y no en pelo como en las cuadreras, pero una vez ahí fue como si lo hubiera hecho toda la vida." Salió tercera con aquel caballito enfermo que le habían dado como una concesión. Las siguientes cuatro carreras las ganó y ya nada volvió a ser como antes. "Pasé de ser la chica que iba a trabajar los caballos a ser la jocketa del hipódromo de Córdoba. Era la única mujer que corría, me hacían reportajes, los cuidadores me empezaron a buscar. De correr un solo caballo que era el enfermo del stud, pasé a elegir monta y quedarme siempre con el mejor". Pero otra vez la meta alcanzada se hizo insuficiente.

LLEGAR A PALERMO

En el hipódromo la crisis se hacía sentir y cada vez se corría menos. Así que no dudó en aprovechar la invitación de un cuidador para correr caballos cordobeses en el hipódromo de Palermo. Eran sólo diez días en verano, pero Daniela no volvió nunca más a su provincia. "Acá fue empezar de nuevo. Tampoco me daban bola, pero de una manera distinta; me hacían trabajar mucho pero corría nada. Fue muy duro, pero después me empezaron a conocer y pude volver a competir."

La vida de un jockey depende de la posibilidad de correr y de ganar. Después del 5º puesto no se cobra porcentaje del premio y se pueden obtener unos treinta pesos por carrera. Pero quien no corre no gana nada. Ahora, después de cuatro años en Buenos Aires, Daniela es una chica conocida en el medio. Es la única mujer que corre en Palermo, ya con ocho de experiencia sobre la montura. Tiene un novio que también es jockey y que la conquistó con sencillez. "Imaginate que yo trabajo en un lugar donde soy la única mujer entre quinientos hombres. Todos están pendientes de mí, de lo que hago, de cómo me visto, de si estoy bien. En general cuando llego me saludan con un 'hola, mamasa', y Sergio me llamó la atención porque todos los días me recibía con un 'buen día, bonita'. Hace dos años que estamos juntos y me hace muy feliz", dice ella con sus cincuenta kilos y sus cabellos rubios recogidos en prolijo rodete. Hasta ahora nunca se ha tomado vacaciones, sólo alguna que otra escapadita a Córdoba para ver a su familia. Su sueño es algún día ganar el Gran Premio Internacional Carlos Pellegrini, que se juega todos los diciembres en San Isidro. Y que las mujeres corran más, que no les sea tan difícil. "Yo soy una de las que más corro y compito en cuatro carreras a la semana. Un jockey varón de primera línea corre en todas las reuniones y en casi todas las carreras, lo que significa montar unos nueve caballos por día."

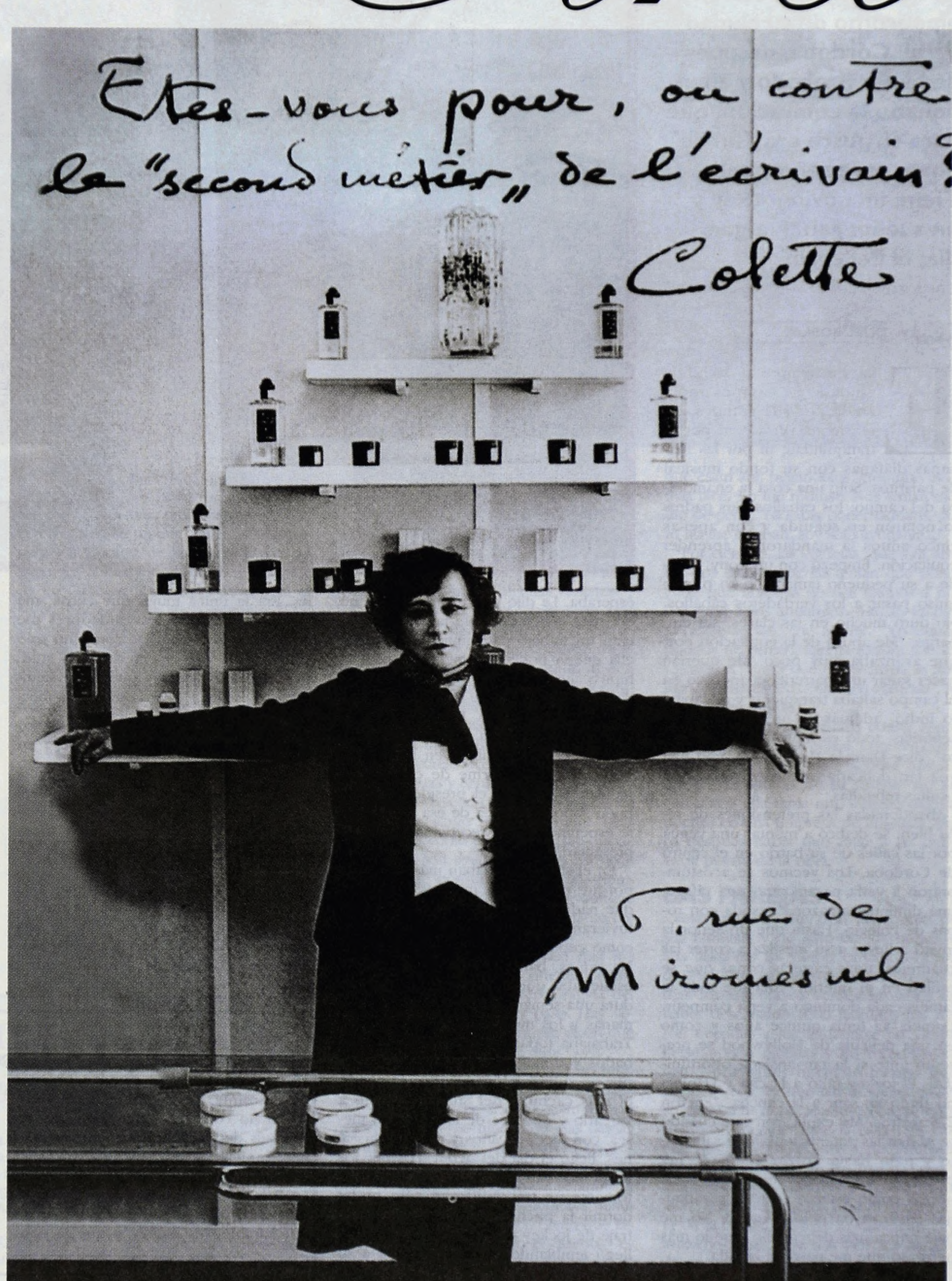
Desde su sobrio departamentito a una cuadra del hipódromo, vestido sólo con fotos de caballos y premios, Daniela sueña sin estridencias. Con la certeza de quien sabe lo que quiere, que para conseguirlo la lucha será ardua y que ninguna carrera está ganada hasta que no se pasa el disco del final.

COLETTE COSMETOLOGA

PASAR POR *Otra*

POR MARÍA MORENO

En marzo de 1932 Colette decidió abrir un salón de belleza en la calle Miromesnil, soñando con librarse de su trabajo de escritora. Es que cuando se está en carrera, a razón de una obra por año, la literatura se transforma en condena por tiempo indeterminado. Por eso la mayoría de los escritores han intentado vidas paralelas: Roger Callois encontró en los minerales paisajes tan preciosos que lo compensaron de una vida de ensayista riguroso adonde la investigación suele incluir menos descubrimientos a lo Arquímedes que rutinas de oficina. Y seguramente disfrutó más deslizándose en jeep por un camino escarpado en el sur de la Patagonia argentina a la búsqueda de una mina de rodocrosita que la prolongada ceremonia de ingreso a la Academia Francesa de Letras. A juzgar por sus escritos Nabokov estaba más orgulloso del hecho de haber descubierto una nueva especie de mariposa que del éxito mediático de *Lolita*. Joyce cantaba con una voz maravillosa que, de no haber sido quien fue, le hubiera procurado sustento. Victoria Ocampo recitaba y nunca lamentó lo suficiente haber nacido en una época donde el oficio de actriz constituía un certificado de mala conducta. Felisberto Hernández era concertista de piano y Silvina Ocampo pintora, Diana Bellessi es jardinera, Tununa Mercado, tejedora. Colette planeó su fuga de su *verdadera vida* en clave popular, primero como bailarina de music hall. Dicen que André Gide fue el primer asombrado de verla con los senos desnudos haciendo mimo-drama en teatros de mala muerte. Mucho más de verla bailar con un collar de perro clavado en el cuello y adonde un cincel había grabado la frase "Pertenezco a Missy" (una condesa que pasaba por conde y tenía el aspecto de un tribuno romano). Y muchísimo, pero muchísimo más cuando la vio desnuda haciendo un *cuadro vivo* durante el que besaba en los labios a una momia debajo de cuyas vendas se escondía la tal Missy. Cuando visitó el local de la calle Miromesnil por lo menos advirtió que Colette estaba vestida y que no besaba a las mujeres sino que las maquillaba.



Pasados los sesenta años, laureada y con marido nuevo, Colette quiso dejar la literatura y encarar una carrera de cosmetóloga, lo cual le hizo recordar a una cronista el afán que tenía María Antonieta por parecer una lechera.

LO QUE NATURA NO DA COLETTE PRESTA

Todo comenzó cuando Colette comenzó a fantasear ante su tercer marido Maurice Gaudeket, comerciante en perlas, íntimamente apodado *Satán* o "mi mejor amigo" con abrir una casa de belleza. Estaba escribiendo un libro difícil llamado *Lo puro y lo impuro*, quizás el ensayo más inteligente, crítico y humorístico sobre las minorías sexuales. Los personajes eran gays de los bajos fondos, donjuanes agotados, opiómanos de fin de semana, suicidas por razones estéticas, los más discursivos militantes de paraísos artificiales. El material era pólvora aun para Proust y Colette deseaba una tregua. Es probable, y sus biógrafos lo atestiguan, que quisiera entrar en contacto con sus lectoras, quienes solían dirigirle cartas como si fuera una consultora sentimental o una adivina. Quizá se tratara de un gesto de *nostalgie de la boue* (nostalgia del barro, una expresión que alude a las debilidades populistas) como el de actuar en el music hall rodeada por el hombre bala, la cupletista écuyère y el lanzador de cuchillos. Maurice Gaudeket en su libro *Junto a Colette* jura que intentó disuadir a su esposa de la aventura pero es muy probable que no haya sido así. Existe una versión más lógica: en la década del treinta la depresión económica no era una exclusividad norteamericana y Gaudeket debe haber advertido que las mujeres estaban más preocupadas por conseguir medias de seda que no se co-



rriesen durante un viaje en metro, que por recibir de regalo perlas grises cuya salud es preciso mantener en agua de Mediterráneo. Una finca junto al mar adonde se acogía a un puñado sibarita de celebridades, viajes de siete baúles, vida en departamentos privados de hoteles para reyes, resultaban caros para el matrimonio Gaudeket aunque a la hora de comer se prefiriera el pan frotado con aceite y ajo, el chocolate casero y las uvas recién quitadas de la parra de la galería. Colette había sufrido de su primer marido las más gruesas injurias de infidelidad a la edad en que ella era una joven provinciana de carita triangular y una larga trenza que le llegaba hasta los talones. El fue su maestro libertino, el que la azuzó a escribir sus memorias de pueblerina –*Claudina en la escuela, Claudina en París, Claudina se va*– que firmó él, adosándole detalles *verdes*. Con monsieur Willy conoció a todo el mundo y de él aceptó todas las injurias como el hecho de que la paseara junto a su amante Polaire, las dos vestidas como gemelas. En el París de principios de siglo existía una manera cómoda de que una mujer dada a escribir tuviera trabajo: casarse con el directivo de un diario. Así que, divorciada de monsieur Willy, Colette se casó con Henry de Jouvenal, director de *Le Matin*, un patriarca sereno y brillante incapaz de seguirle el tren a la mujer más famosa de Francia. Entre el patriarca cochino y el patriarca benigno, Maurice Gaudeket era más un *querido* gracioso y sensual al que le llevaba 16 años que un marido. El negocio de belleza era una forma de adelantarle la herencia. La *Sociedad Colette* que inauguró la *Maison de Beauté* incluyó, amén Gaudeket, a un pachá de Marruecos y a la snob Winaretta Singer, princesa de Polignac, mujer de quien se decía que era al mismo tiempo tímida e intimidatoria. El local se abrió en pleno Faubourg Saint Honoré bajo un cartel que decía "Me llamo Colette y vendo perfumes", fórmula que había aconsejado André Maginot (el de la línea). Colette informó a la prensa: "Hacía mucho tiempo que me rondaba la cabeza la idea de fabricar perfumes y algunos productos de belleza. Pero confieso que nadie estimulaba mis aficiones comerciales". En realidad quería hacer algo con las manos, con la gozosa materia de la que su espíritu sensual no podía disponer a través del cepo de papel y tinta. Prefería seguramente mil veces tener que transformar el rostro quemado del fantasma de la Opera en el de Madame Buterfly a continuar frente a su escritorio tachando y desechando frase al grito autoflagelatorio de "¡No! ¡Es espantoso, es idiota, no debería permitirse. Es un horror, es repugnante, es imposible!". (Un periodista dice haberla visto lanzar esa clase de calificativos ante su propia prosa, que había hecho llorar a Proust.) Colette informó a la prensa: "Para mi uso y el de algunas amigas hacía hervir la pulpa de los membrillos y la mucilaginosa envoltura de sus pepitas, batía *cold cream* y exprimía el zumo de los pepinos... ¿Por qué no? La duquesa Sforza, nacida Antokolski, me dio ejemplo al comprar una antigua botica".

A Colette siempre le había gustado posarla de antiintelectual. Se jactaba de estar más interesada en los *Recuerdos entomológicos* de Fabre y las *Máximas* de La Rochefoucauld que en Gide o Valery. Maurice Gaudeket recuerda el diálogo que la escritora sostuvo con una periodista sudamericana (¿Victoria Ocampo?). "–¿Qué opina usted, señora, desde el punto de vista etnológico, de...?

–Tiene usted unos ojos muy bonitos, querida –la interrumpió la voz grave y acariciadora de Colette.

–¿Cómo dice, señora? ¡Ah! Sí..., quería preguntarle, dado el profundo desarrollo experimentado por...

–Hace muy bien utilizando el amarillo en sus vestidos: encaja perfectamente con el tono de su piel."

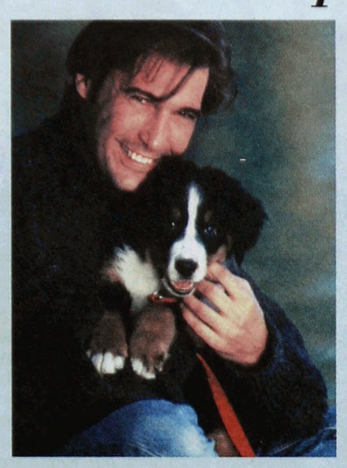
Con respecto a temas de belleza su conocimiento era el de las amigas chacotonas de todos los tiempos que se reúnen a embadurnarse como pieles rojas mientras se intercambian confidencias entre risotadas groseras y enumeración de nombres masculinos. El salón abrió sus puertas en 1932 en un local déco de paredes blancas y estanterías de níquel brillante. Colette había querido el remedo de una cocina de campaña pero la moda paisana que hacía imprescindible un gato, hierbas colgadas a secar y un horno de leña no le caía bien a una ciudad que se quería moderna. Colette amaba la simpleza, sobre todo después de un largo período pasado en un departamento cuyo dueño había tapizado columnas, molduras, puertas y estanterías de baño con la friolera de 175 papelitos romboidales de los que se usaban entonces para envolver confeti. Ella misma escribió de su puño y letra las instrucciones de uso en las etiquetas de las cremas, vigiló las probetas y las retortas donde amigos alquimistas fabricaban perfumes, estampó su dibujo en la tapa de las polveras y diseñó boletines adonde daba consejos de este género: "Si usted tiene ojos azules, tenga cuidado con las sombras azules. Sus iris serán más azules que el halo artificial que los rodea."

"Ríase si tiene un motivo, pero si no quiere que su piel envejezca antes de lo debido, nunca sucumba ante las lágrimas."

Nada como una buena amiga para no tener pelos en la lengua a la hora de ser sincera con la empresa que hemos emprendido. Natalie Clifford Barney dijo que Colette era una maquilladora peligrosa: en una ocasión maquilló la cara de una actriz en estilos que viraban de la frente a la barbilla. Una mejilla era pálida casi gótica, la otra tenía un matiz curtido a lo gitana, un ojo era chinesco, el otro redondeado y empalagoso de rimmel como el de una prostituta. La cosmetóloga se había distraído chismorreando. Muchos clientes se dejaban hacer con tal de llevarse un autógrafo. Los de Colette eran memorables. Un ejemplo: "A monsieur X que me ha nutrido con su leche" (a su lechero) o a su contacto en el mercado negro "A mi ángel negro". Colette se agotó en giras de demostraciones como antes lo había hecho actuando en su propia obra *Cherie*, en el papel de la amante cuarentona Lea. Cerrado el salón luego de un breve período en que el único encargado fue su marido, volvió al yugo y escribió una novela, *La gata*, en donde un joven se divorcia de su bella esposa porque está, en realidad, enamorado de su gata a quien llama "osito mofletudo, palomita azul, diablito color perla" como si se tratara de su querida. En el año 2000 el gesto cosmetológico de Colette hubiera sido mejor entendido: se trataba de una *performance* prolongada y su sentido político era tirar abajo el *glam* del escritor que sus colegas masculinos protegían a capa y espada posando entre bibliotecas a toda pared y bustos griegos de imitación. Una cronista, Janet Flaner, dijo que cuando vio a Colette empolvando narices y estampando rubores se acordó del afán de María Antonieta por parecer una lechera. Pero Colette nunca se arrepintió de haber obtenido esa tregua en la gloria para ganarse la vida como el grueso de sus lectoras, aunque se tratara de una ingenuidad y de un mal negocio (los precios eran bajos, los productos eran legítimos). A la que la tarea de Colette le dio un disgusto fue a su hija: cuando salió del local de la calle Miromesnil advirtió que parecía tener diez años más.

ARQUETIPOS

El *tapado*



En la antigüedad lo llamaban "mosquita muerta" y se lo consideraba en simetría con la muchacha remilgada y pudibunda a quien un día se le descubría un *bombo* fabricado a dúo con el primo casado. Vestido a la invisible con un clásico abrigo Príncipe de Gales en invierno, jeans y una Lacoste sin riesgos en verano, se vuelve inidentificable si avanza en medio de una multitud –por ejemplo la de un shopping– como una carpa roja entre las que nadan en el lago del Jardín Japonés. Como matrimoniable es peligroso: es el sujeto a quien se encuentra en camiseta frente al televisor junto a un ramo de flores recién comprado y la cena hecha, el que va a la reunión de padres con alegría de afiliado, el que es capaz hasta de pedirnos perdón aunque suene absurdo por una cana al aire que nos hemos tirado nosotras, pero que un día descubrimos que hacía quince años que se acostaba con nuestra mejor amiga o que siempre tuvo *otra* familia a dos cuadras de casa y en la que los nietos han llegado antes que a la nuestra. O parece el caserito sentado en un sillón desfondado –tiende a encariñarse con los objetos– que simula formar parte del inventario del living comedor y sale todas las noches, llueva o truene, a pasear al perro, hasta que una fotografía difundida por televisión nos revela que es buscado como infanticida. Puede presentarse bajo la forma del amante monocorde pero tiernito que al final pregunta ¿estás bien? como si una acabara de pasar por un accidente aéreo hasta que la búsqueda ocasional de un martillo nos conduce a su tallercito del desván y nos encontramos con un arsenal S/M incluidos el cepo, el gancho de colgar y una muñeca inflable estaqueada como un gaucho malo.

Versiones benignas: el que tiene una cuenta en Suiza pero nos condena a alimentarnos con la oferta de la semana en el súper y sólo hace regalos de 2 $, el que sin abrir la boca llegó a la cúspide de su empresa quién sabe cómo.

Versiones encantadoras: el inútil incapaz de hacerse un té y que durante una crisis familiar se destapa como una mezcla de Petrona C. de Gandulfo y la mujercita de Pull Oil, el mudo y sonrojable que de noche se transforma en Kama Sutra viviente.

Lo peor: que no sea un tapado sino un cero, es decir que no tape nada.

TALK SHOW

por Moira Soto

La más blanca oveja negra



Si una tarde de estas Drew Barrymore entrase a un local de cualquier shopping porteño para comprarse un jean, sería observada con esa expresión entre el espanto, la compasión y el desprecio que suelen emplear las vendedoras hacia quienes superan abiertamente el talle S. Y Drew, que ha pasado por situaciones mucho peores, seguramente se lo tomaría con divertida calma, satisfecha de parecerse más a un Renoir que a un Modigliani. Es que a esta chica maciza -.ahora de visita en los cines como camarera novata en *La mejor de mis bodas*– no hay con qué darle. Especialista en salir a flote desde los once meses, edad en que bonita como un querubín de cromo antiguo apareció en un comercial de comida para perros, Drew es la voluntariosa heredera de una dinastía con aires de realeza (abuelo John, tíos abuelos Lionel y Ethel Barrymore), que ella recompone a su modo luego de que John Jr. la hiciera tambalear.

Drew Barrymore, es sabido, aparte de hacerse amiga del E.T. a los siete, se volvió fumadora y bebedora a los nueve, fue internada a los catorce en un instituto –del que huyó– para rehabilitarse de su adicción a la cocaína y la heroína. Por esas fechas, nadie le daba laburo y entonces, a los quince, ella –ya con material suficiente– escribió sus memorias. Luego levantó su rubia cabeza y se fue de casting, resuelta a proseguir su carrera de actriz. Sin sacar el pie del acelerador, se enamoró a los diecinueve de un productor, se casó en el acto y se desenamoró a la semana. A esta altura de su vertiginosa vida y después de dejar su impronta en algunas películas independientes, Drew empezó a ser reconocida por directores prestigiosos. Woody Allen, por ejemplo, le perdonó que no cantara en *Todos dicen te quiero* porque "no quería perdérmela, es una intérprete extraordinaria". Antes, en *Solo ellas* ..., la última de los Barrymore puso esa mezcla de candor y picardía, de experiencia y frescura al servicio de Holly en una historia "acerca de lo que más me importa en el mundo: la amistad leal y generosa".

Lo sorprendente de Drew es que –teniendo medallas y condecoraciones de sobra– no da para nada una *reventada* tipo. Ave Fénix prematura, se sacudió las cenizas y resurgió llena de gracia (aunque quizás el Señor no esté con ella ...), de talento, de vida. Pasó todas las pruebas y sin embargo, algo muy fuerte, muy íntegro en ella se salvó. Risueña, vivaracha, radiante, orgullosamente regordeta, Drew marcha entre las mesas de los invitados de *La mejor de mis bodas*, con un recatado vestidito y su melena cuadrada. Guerrera de momento en reposo, encuentra tiempo y ganas para colaborar en organizaciones pro vida silvestre, salud de la mujer o atención de chicos con sida.